

LETRAS REGIONALES



REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año II. — Número 15

Septiembre 1926

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO

Concha Espina (grabado).—*Concha Espina*. La Virgen de las Batallas.—Bellezas españolas: Entrada a la gruta de Covadonga (grabado).—Joyas de la pintura contemporánea: «Flores de la huerta», de Florencio Vidal (grabado).—Pérez Lugín (grabado y texto).—*José de Orellana*. Pétalos vivos: ¡Eres tú!... (poesía).—*Arturo Campión*. Urachina (Tradición vasca).—*Vicente Díez de Tejada*. Cancionero popular: El Perdón (cuento).—*Constantino Cabal*. Del Folk-lore de Asturias: Cantando y bailando.—*S. Ramos Almodóvar*. El Ermitaño de Córdoba (continuación de la novela que principió a publicarse en Enero).—**Libros:** *J. Cascales Muñoz* (prólogo al libro «Grandezas de Guadalupe» del P. Villacampa).—**Crónicas:** CASTILLA: *Del Sol Collazos*. Gramática parda aldeana.—**Muchas cosas en pocas líneas.**—**Leyendo Revistas y periódicos.**—**Literatos Nuevos** *José A. Antolí Querol*: Historia de tres cartas.—*Rafael Fernández de Cañete*: A ella (poesía).—*Esteban Maza y Romero*: Noche poética (poesía).—*Jaan Blanco Cachero*: Reproche a un solterón (poesía).

Novelas extremeñas de Antonio Reyes Huertas

«Los humildes senderos.» «La sangre de la Raza.» «La Ciénaga.» «Agua de — Turbión.» — «Fuente Serena.» —

De venta en todas las buenas librerías.

— — Gran éxito de librería — —

Fruta de Aragón por G. García-Arista y Rivera

Envío 1.º—*Enverada*. Id. 2.º—*Excoscada*.
Id. 3.º—*Abatollada* (en prensa)

EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo

CEGAMA (Guipúzcoa)

Papeles de Edición. Litografía
y de escribir

Dibujo. secante, pluma, barba,
pergamino y registro

Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana

Especialidad en papeles tela

— y cartulinas —

La Española

Talleres de Imprenta

Impresión esmerada de Obras

Folletos, Circulares,

y toda clase de modelación

para Oficinas y Comercio

Prontitud y economía

Librería, 28

Córdoba

TODOS LOS MESES
un número de la Revista
y un anuncio como éste
12 pesetas al año,
precio de la suscripción.

TROUPE VERCHI
Variedades
Para detalles y contra-
tas, dirijanse a Linares 15
E L D A Alicante

CAFÉS BAREA
Torrefacción moderna
MARTOS (Jaén)

Madrina de guerra
solicita el sargento Juan
Torres. — Batallón Caza-
dores Africa n.º 12, prime-
ra Comp.ª - Larache.

LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

COLABORADORES: Armando Palacio Valdés, Serafin y Joaquín Alvarez Quintero, R. Alcover, G. Alvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Pelairea, José M.^a Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Encarnación, 19. — CORDOBA (España)

Precio de suscripción anual: en España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

AL EMPEZAR

EN EL RINCÓN PROVINCIANO...

En el rincón provinciano, se ha encendido una luz ..

Con nobles anhelos e ilusiones desplegadas, sale al mundo de los lectores ibero-americanos la revista LETRAS REGIONALES. Ni de trascendentales iniciativas, ni de programas largos y enrevesados, hace alarde la nueva publicación, en su comienzo. Sencillamente, venimos a reflejar el sentimiento puro y hondo que late con vigorosa personalidad en cada una de las Regiones españolas, encumbrándolas hacia el Arte, bellamente y por todos los medios expresado.

Después de un casi general letargo, se levanta briosamente el espíritu regional de España. Bendito sea este resurgimiento que mira a las pasadas grandezas, y se apoya en su memoria para crear grandezas nuevas.

Los lenguajes gloriosos, los trajes pintorescos, las monumentales riquezas, la poesía y costumbres populares... Todo esto se fortalece y se saca a luz, con valeroso estímulo, en estos días. Salvo muy pocas excepciones, los más grandes éxitos actuales, el arte regional los consigue.

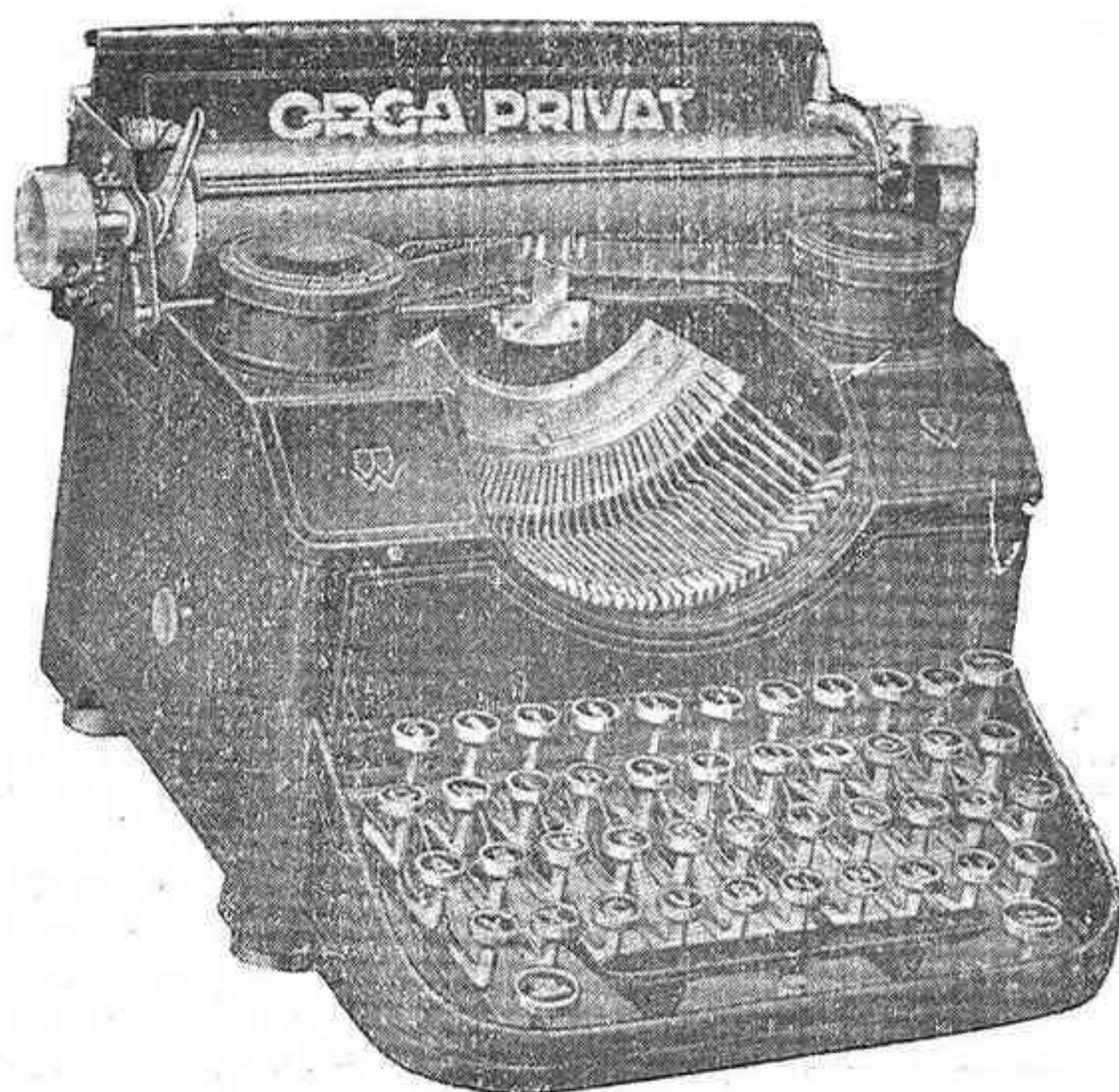
Esta revista, exclusivamente dedicará sus páginas a propagar la literatura y el arte de las Regiones españolas. A muchos y muy notables escritores debemos gratitud porque nos honran con su prestigio, guiándonos en la empresa. Dentro de las normas que la Religión y la Patria nos fijan, de todos aceptaremos colaboraciones y consejos. Entre el gran número de publicaciones ibero-americanas, nace hoy una más que con todas quiere vivir amistosamente.

Tanto en la forma como en el fondo, grandes reformas caben en LETRAS REGIONALES. Si los literatos españoles y los amantes de literatura y el arte regional quieren, todas esas reformas serán, poco a poco, realidades.

En el rincón provinciano, tranquilo y apacible, se ha encendido una luz... Que sea desde cerca, lumbre acogedora de hogar. Que brille desde lejos con fulgores de estrella...
(Del número 1 de LETRAS REGIONALES. Julio de 1925)

¡La maravilla de las maravillas!

La máquina de escribir perfecta



ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más caras, y precio inferior a la más barata de todas las conocidas.

Pesetas 700 al contado

Detalles, demostraciones gratis, pidiéndolos al

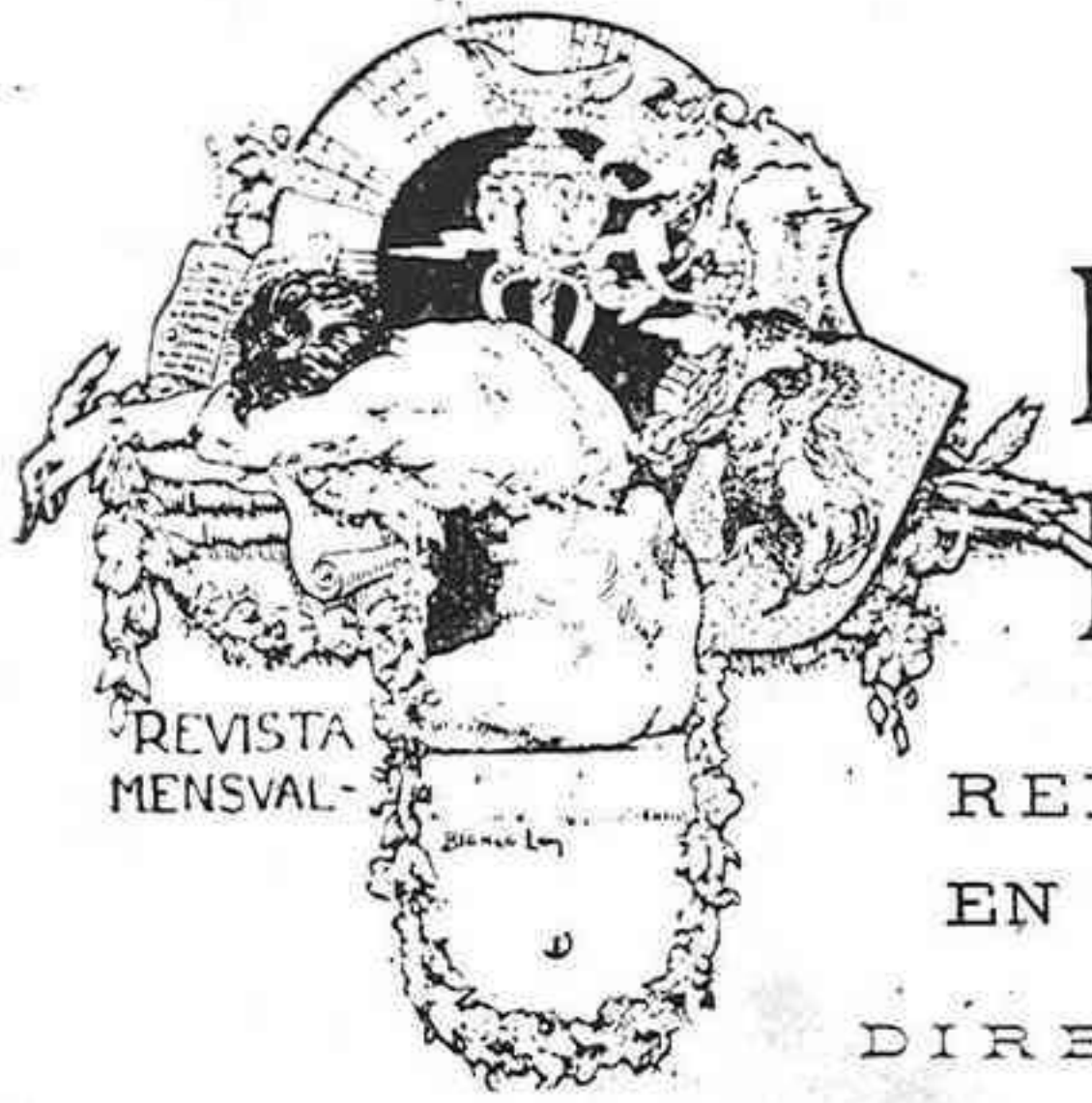
Representante general
para España:

R. Wirth Svalina

Lealtad, 8 — MADRID

Representante para Córdoba
— y su provincia: —

D. Manuel Lama Pérez, Alfaro, 78



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año II

Septiembre de 1926

Núm. 15



CONCHA ESPINA, AUTORA DE «ALTAR MAYOR», NOVELA ADMIRABLE QUE CONSTITUYE EL ÉXITO DE LA ACTUALIDAD LITERARIA ESPAÑOLA

LA VIRGEN DE LAS BATALLAS

POR CONCHA ESPINA

A la derecha de la imagen se yergue izada, a medio desplegar, una bandera roja y amarilla, que ofrece allí una evocación solemne, única y triste. Está agujereada por los balazos; tiene en la orla del sagrado tejido la flocadura cruel de los combates; unas manchas sangrientas la ennoblecen.

Y los peregrinos se postran en la Cueva, mirando con profunda veneración a la divisa y a la Señora.

Debajo de esta Gruta brama el río de Orandi, surgiendo misterioso en un torrente. Se perdió allí arriba, en el sumidero sagrativo de un valle, perforó el Auseva y le viene a rendir tributo a la Virgen. Brota clamoroso, como una oración mucho tiempo contenida; dice todas las cosas inefables y extrañas que ha callado a través de las peñas.

Esta voz rugiente y fervorosa, traspasada de espumas y sollozos, se extiende por el monte de Pelayo con un acento que no se acaba nunca: es la plegaria eterna del paisaje, el himno fuerte y bravío de Covadonga, cantando siempre en estas cumbres el romancero de los siglos españoles a los pies de la «Santina», a los pies, hoy, de una bandera.

No se oye casi el plañido de los rezos humanos; todo el aire está colmado por el grito de las aguas. Los devotos dirigen una súplica, el predicador levanta unas exortaciones; hay unos

cánticos perdidos en el estruendo del torrente; luego, la procesión alumbra sus antorchas por el túnel, sale a la explanada de la Catedral y desaparece en el templo: la Virgen se ha quedado en la Gruta, sola con el río y la bandera.

Allí próximo está el sepulcro de Pelayo, mudo al socaire de la roca. Una verja tenaz le libra interiormente de los entusiasmos salvajes con que otras tumbas insignes se cubren de letreros; pero no evita que muchos peregrinos depositen en el nicho sus tarjetas ilustradas con ruegos, excitaciones y ansiedades:

—¡Pelayo, levántate para darnos en Africa la victoria!

—¡Caudillo, despierta que te necesita España!

—¡Libertador! ¿qué haces?

—¡Arriba, héroe, vencedor de los moros, ¿dónde estás?...

Bajo estas frases conminatorias y expresivas hay nombres de abogados y médicos, profesores y comerciantes, rentistas y otros variadísimos ciudadanos. Cuando el sacristán limpia el sepulcro del rey godo, lee las tarjetas y sonríe.

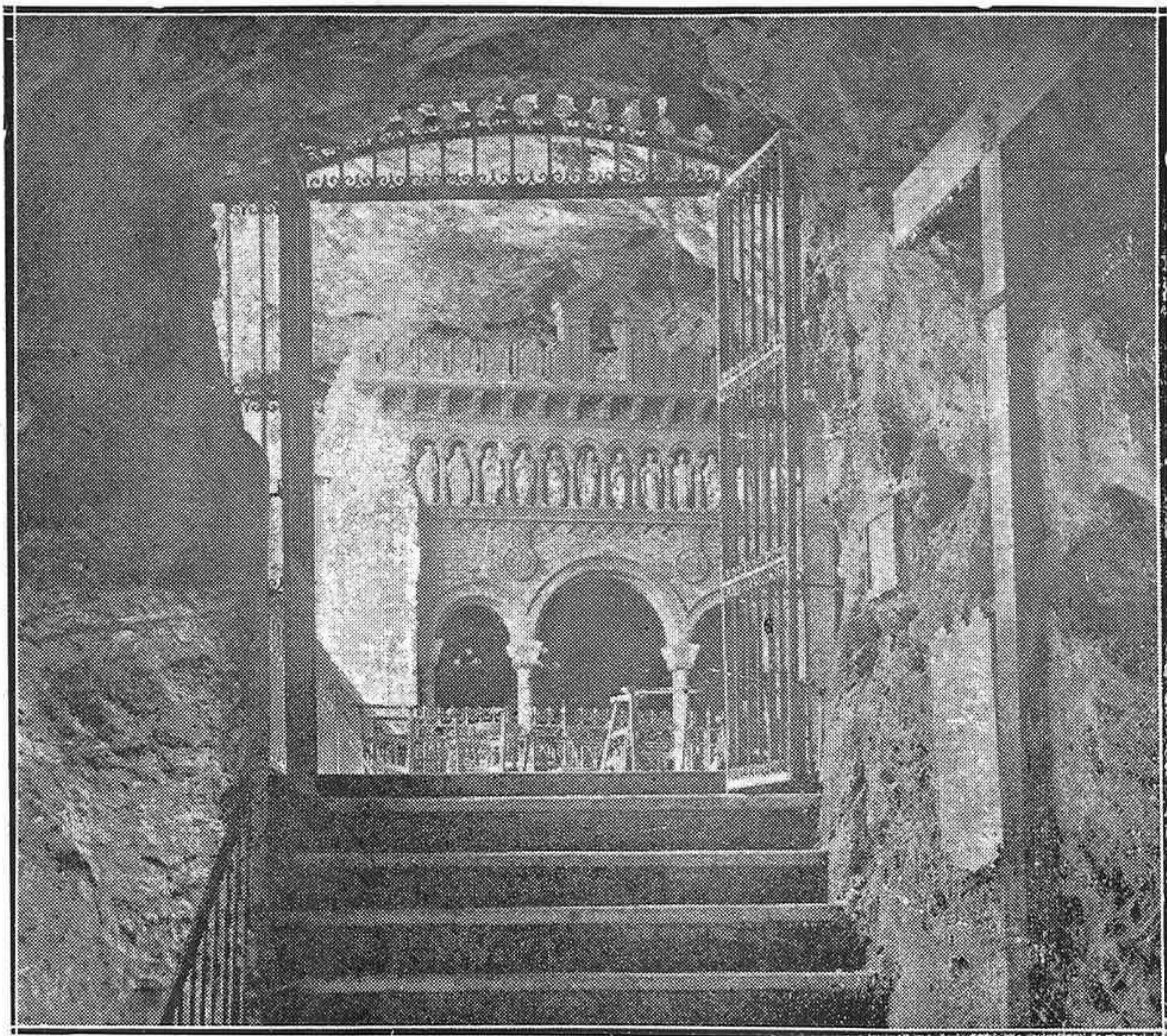
* * *

Hace años el regimiento de Covadonga volvía de Africa, bautizado con la sangre de sus guerreros, y desde Madrid, sin descansar de la jornada ru-

dísima, envió a la Patrona su bandera en homenaje.

Dos compañías, al mando del coronel Feijóo, vinieron a presentar su regalo y le pusieron al pie del altar como

una alfombra, tapando casi todo el suelo de la Cueva. Así estuvo durante las fiestas de la coronación nacional de la Virgen. Los soldados de Covadonga velaban de día y de noche, con es-



BELLEZAS ESPAÑOLAS: ENTRADA A LA GRUTA DE COVADONGA

pontánea solicitud, su enseña, que nunca se quedó sola con la Santa; de continuo los marciales uniformes dieron allí la emoción de una vigila militar, perseverante y silenciosa, una guardia de reverencia y ternura sin ejemplo.

Se les había dado a los de Covadon-

ga otra insignia a cambio de la suya, una tela bordada por las asturianas más ilustres, rica y joyante, apadrinada generosamente por los próceres del antiguo Principado. Se bendijo en la Catedral, se alabó en los discursos, se le publicaron fotografías en los periódicos.

cos... Pero los soldados adoraban a la compañera de sus luchas, al paño cruento, desgarrado por las balas y los caminos, sobre la iniesta española.

Y cuando llegó el instante de partir, aquellos mozos aguerridos subieron a la Cueva por última vez, sin que nadie se lo mandara. No hubo despedida oficial, invitación ni propósito definido; los soldados, dispersos, anhelantes, iban a decir adiós a su bandera; la besaron, de rodillas; hicieron la señal de la cruz y bajaron los escalones de piedra limpiándose las lágrimas: todo en silencio, con una sinceridad viril, conmovedora.

Archivóse el donativo en el tesoro del Santuario, entre el frío resplandor de las alhajas y el orden rígido de las curiosidades, hasta que la guerra sin fin con los moros nos trajo de nuevo la inquietud nacional, la pesadumbre de los desastres, el duelo por todos y cada uno de nuestros soldados que luchan y mueren.

Entonces la bandera del regimiento de Covadonga, rota y herida en las jornadas, salió procesionalmente de la Catedral, desplegada al viento en los

riscos de Pelayo, y fué a posarse junto a la Virgen, como una plegaria largo tiempo contenida; el grito rojo, desgarrado de un inmenso corazón...

* * *

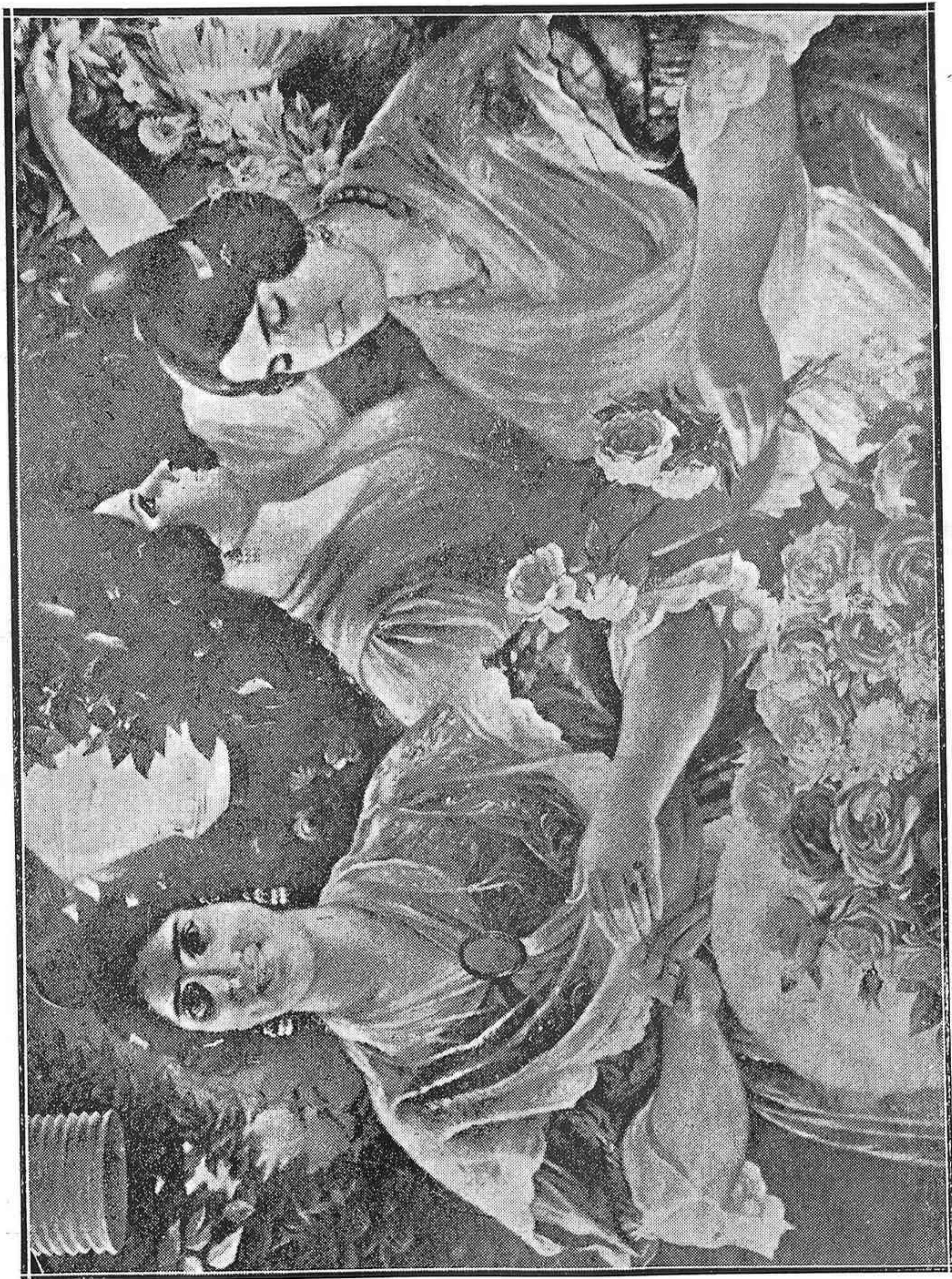
Hoy la «Santina» recibe las preces de su novenario; sale de la Gruta la procesión encendida en la tiniebla de la noche; el sacristán recoge en la tumba del rey los testimonios de visitas audaces, la conminación belicosa de unos romeros que rezan, llaman al caudillo, y se van a dormir tranquilamente...

La Virgen de las Batallas se queda otra vez sola con el río y la bandera, dos símbolos de cosas perdurables.

Y pensamos con infinita admiración en los soldados españoles que luchan y mueren en Africa, valientes, silenciosos y amantes como los que lloraban en Covadonga al despedirse de su bandera.

Alto, el fogaril de la Virgen es el único lucero de esta noche cerrada y oscura...

Concha Espina



JCV/S DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: «FLORES DE LA HUERTA», DE FLORENCIO VIDAL



PEREZ LUGÍN

Fué un soldado de la pluma, que luchó heroicamente en las columnas de la prensa diaria. Un día—glorioso para las letras de España—, salió a luz «La Casa de la Troya». La lucha siguió cruel y denodada. Al soldado se le disputaba el puesto de general que había ganado de pronto. «Currito de la Cruz» se presentó en escena, y ya serenamente, el general recibió acatamiento. Y triunfó en el libro, y en el teatro, y en la pantalla, de un modo, que las sombras de plumas meticulosas, frías de fatuidad, no pudieron resistir el bravo empuje del éxito franco y rotundo.

A los cincuenta y seis años ha muerto Pérez Lugín. Supo escribir dos novelas muy bellas y muy españolas. Supo también administrarse como autor, y ganar gloria y provecho. Sus libros y su nombre dejan una perenne estela de luz en la literatura genuinamente española.

PÉTALOS VIVOS

¡ERES TÚ!...

¡Cállate! ¿No has escuchado lo que iban de ti diciendo esos que van calle abajo mirándote y sonriendo, y que al volver la cabeza hacen guiños, hacen gestos que son puñales que hieren en el blanco de mis celos?

Cierra la ventana pronto y éntrate dentro, muy dentro. No me asustan los que pasan: ¡eres tú quien me das miedo!...

José de Orellana

GRACHINA

(TRADICIÓN NABARRA)

Euskal-Erriaren alde

POR ARTURO CAMPION

I

LÍMPIDAS, transparentes, argentinas, vibrantes, en alegres cascadas, se precipitan las risas de las segadoras de helecho. Así como los pajarillos saltan de rama en rama, así las carcajadas brincan de labio en labio.

El campo parece una inmensa cesta de flores: en vez de rosas se ven mujeres. La enramada está cuajada de gorjeos; la selva, de rumores; el arroyuelo, de quejas; el valle, de aterciopeladas sombras; la hierba, de rayos de Sol filtrados al través de las amarillentas hojas; las cumbres, de pálidas nieblas; el ambiente, de balsámicas emanaciones. Aquel día de otoño parece un renuevo de la primavera. La luz se hunde tras las montañas, dejando envueltos los objetos en una atmósfera azulada, húmeda y rumorosa.

Veinte o treinta muchachas, provistas de hoces, cortan los cimbreantes tallos de helecho. Las ramas, al caer, esparcen gotas de rocío, que a la luz del sol brillan como explosión de diamantes. La escala cristalina de la risa sube, baja, se quiebra; ora murmura grave, ora resuena estridente; aquí se apaga, allí se dilata; una vez se confunde con el monótono gemir del agua, otra eclipsa el canto del ave, y al fin se ensancha por el resonante espacio, en cuyo seno expira, de igual modo que una ola sobre las áureas arenas.

Ya el helechal está desprovisto de su ondulante cabellera, y las segadoras empiezan a transportar los fajos a las *bordas*, llevándolos sobre las ca-

bezas. Con las sayas remangadas hasta la rodilla, desnudas las piernas, que aun conservan el tostado barniz del verano, erguidas, moviendo cadenciosamente los brazos como militares en marcha, pasan rápidas, unas detrás de otras o en grupos, y entre las frescas ramas que del fajo caen, tapándoles las caras, se descubren nubes de carmín, argentadas sonrisas y reflejos sombríos de brillantes ojos.

En el extremo más septentrional de la extensión segada, junto al bosque, hay cuatro muchachas, sentadas unas en los fajos y ocupadas otras en atarlos. Una de ellas es delgada, morena, pálida, de nariz aguileña, boca grande, ojos muy negros, que brillan como fraguas, y tiene un enorme lunar en el borde del labio inferior y ángulo de la boca. Todo su cuerpo y actitud revelan fuerza, agilidad y decisión. Su traje negro, pegado al cuerpo, dibuja formas escuetas, pero elegantes y nerviosas, como las de un árabe.

La muchacha que habla con ella es, por el contrario, algo regordeta, blanca, sonrosada, con hoyuelos en la barba y en las mejillas, de ojos azules grandes, transparentes como un manantial que deja contar sus guijas, pestañas largas y curvas que reflejan sus hilos de oro en el cercano y azulado cristal; de nariz suavemente remangada, que comunica a su cándido rostro cierta expresión de maliciosa a la vez que infantil curiosidad: niña que apenas es mujer; mariposa que rompe el capullo y sacude sus pintadas alas en tímido ensayo de vuelos.

—Esta noche, a las nueve—decía la morena—, te espero sin falta. ¿A qué viene esa cobardía? ¿Has de ser tú la única de todas nosotras que se quede sin ver esas maravillas? Busca otras compañeras; nosotras, si no vienes, no te querremos ya.

La jovencita volvió la cabeza hacia otra muchacha que estaba atando un fajo de helecho y exclamó, sorprendida:

—¿Cómo, Miquela, tú también piensas asistir al...?

—Ya lo creo—replicó la interpelada, que era una moza de veintidós años, gruesa, de mediana estatura, de cara ancha y sin expresión—; y siento no haber asistido antes.

—¿Lo ves, Grachina, miedosa, lo ves? Te hemos de pegar una zurra, como a las chiquillas que no van a la escuela.

—Pues bien: si la Miquela va, yo no quiero ser menos—dijo Grachina, repentinamente resuelta—. ¿Estás contenta, Josepa Antoni?

—Ya lo creo—contestó la muchacha morena, dándole muchos besos y abrazos—. ¡Verás qué noche! ¡Qué placeres tan grandes! ¡Qué bailes tan largos! ¡Qué sucesos tan estupendos! ¡Qué fogatas como por San Juan! ¡Qué *tuntún* como por fiestas! Allí encontrarás todo lo que puedas apetecer.

Y al pronunciar estas palabras, los ojos de la Josepa Antoni brillaban como chispas, desprendidas por un martillazo, de un hierro candente, y las ventanas de su nariz, violentamente dilatadas, parecían aspirar embriagadoras emanaciones.

La fisonomía de Grachina fué perdiendo paulatinamente su expresión resuelta. Después de un breve silencio, dijo con voz temblorosa:

—Hablar es fácil. La lengua se mueve sin estorbos en la boca; pero el cuerpo... ¿Cómo salgo yo a esas horas de casa?

—¿Y cómo salimos las demás, tontaza? Andando callando y listas. ¿Có-

mo sales tú, más de cuatro noches, a la puerta del corral y hablas con Martín Miquel, el de la *borda* de Zugarrondo? Y por cierto que ha noches alguien creyó ver que no sólo hablábais, sino que te acariciaba.

Grachina se puso colorada hasta las orejas. De igual modo, la cumbre de Archuri, cubierta de nieve, se oculta entre velos de grana, cuando el naciente Sol levanta las nieblas de la noche.

—¡Mentirosa! Verdad es que hablé con Martín Miquel, pero no lo es que me acariciase.

—Pues si no fué entonces, sería en otra ocasión, o nunca, si así lo quieres—replicó la Josepa Antoni riéndose a carcajada tendida—. De poco te apuras. Cada una, en esas cosas, hace lo que mejor le acomoda. Ahí tienes a la Miquela que no es tan melindrosa. En cambio, yo, al hombre que se me acerque demasiado, le espanto las moscas de la cara. Esta noche, a las nueve, te espero detrás de la iglesia. Allí estarán la Miquela, la Mai Andrés, la Vithori, la Mai Cruch, la Juana Mari, la Cathalin y la Mai Batichta. Buena compañía, ¿verdad? Con los trajes del domingo y los zapatos en la bolsa del delantal, como cuando vamos al mercado de Sara, ¡pecho arriba hasta la punta de Archuri! Y una vez allí, venga el tamboril, la pandereta... y el placer. Ahora, a casa, que es tarde.

Las cuatro muchachas cogieron a cada fajo de helecho, se lo colocaron sobre la cabeza, y con paso rápido se dirigieron al pueblo de Urdax, pues las cuatro eran de la *calle* y no del *case-río*. Poco a poco se dispersaron todas. La que vivía más lejos era la Josepa Antoni. Esta se internó por unas callejuelas, convertidas, con el rodar de las carretas de bueyes y las pesuñas del ganado mayor, en barrizales profundos y espesos, en los que se revolcaban los cerdos.

La Josepa Antoni, para no mancharse los pies, iba saltando ágilmente de

piedra a piedra. Estas, colocadas en ambos lados de la calle, formaban una especie de acera. Al doblar una esquina apareció un labrador mozo. Este, apenas vió a la Josepa Antoni, comenzó a sonreírse muy burlescamente y a mirarla con ojos desvergonzados y provocativos, además de pararse y cerrarle el paso, ocupando todo el ancho de la acera. Al llegar junto a él, la muchacha tuvo que salirse al arroyo, metiéndose en el barro hasta cerca de la rodilla.

La Josepa Antoni se puso muy encendida, y al pasar, con un tono extraordinariamente desdeñoso, dijo en alta voz:

—*Ergela!*

—*Sorgiña!* (1) —replicó el mozo, riéndose con tanto estrépito, que dos o tres viejas, para curiosar y oler, se asomaron a las ventanas.

II

Urdax yace silencioso como un muerto. La Luna invade las tortuosas callejuelas del lugar con su luz fría y blanquecina. Algún perro ladra. La torre proyecta su silueta sobre el plateado suelo. El reloj lanza al espacio, una tras otra, nueve campanadas unísonas, cuyas vibraciones se apagan en el aire como un suspiro.

De lado a lado de la plaza, destacándose sobre el fondo blanco del claro de Luna, pasan algunas sombras. Estas se agrupan junto a la iglesia, gesticulan y se mueven. Ya no es uno, son varios los perros ladrones. Una sombra más pequeña que las anteriores cruza la plaza y se une al grupo. Este se pone en movimiento. Véase el disco de la Luna, y las campanas de la torre, movidas por el errante viento, súbitamente desatado, como balbuceando, exhalan sordos tañidos.

(1) *Ergela*, «inbécil»; *sorgiña*, «bruja».

El grupo se compone de once mujeres. Sin pronunciar palabra van de prisa, muy de prisa, trepando por las ásperas vertientes de Archuri; de cuando en cuando se oye la voz de la Josepa Antoni, que, a la cabeza de todas, dice: *Aurrerá! Aurrerá!*

El valle se muestra negro y profundo como un pozo. En la boca tenebrosa de la hondonada flotan undívagos y multiformes vapores, pálidos unos, fosforescentes otros. Entre las ramas de los árboles brillan inmóviles los redondos ojos de los buhos, que asoman sus cabezas curiosas. Los sapos cantan en las charcas; las culebras silban, ocultas en la hierba. Las matas aparecen coronadas de fuegos fatuos, y al resplandor incierto de aquellos cárdenos penachos se divisan perezosos limacos, que dejan un argentado rostro, a manera de estela. Inmensos rebaños de ratas y ratones corren sobre el pedregoso camino, produciendo un estrépito como de tamborileo redoble. La obscuridad y la luz, a medida del paso de las nubes, transforman el aspecto de las cosas, haciendo de ellas otros tantos proteos. Los árboles, sacudidos por el huracán, parecen inmensos manojos de serpientes. Los picachos de Archuri, medio envueltos en niebla, a la claridad, semejan escuetos fantasmas cubiertos de sudarios, y a la sombra, tétricas mujeres vestidas de luto.

—¡Ay, ay!—gritó Grachina, notando que bajo las plantas de sus pies desnudos brotaban rojizas llamas que le subían por las pantorrillas.

—No hagas caso; eso no quema—dijo la Josepa Antoni pegando el suelo con sus anchos pies.

Y al golpe de ellos saltaron innumerables chispas, como cuando se sacude un tizón.

Repentinamente el espacio se llenó de voces: gritos, suspiros, carcajadas, imprecaciones, lamentos, quejas y amenazas resonaron de Norte a Sur, pasando como un turbión que barre la

tierra. Los vapores del abismo centellearon, y durante unos instantes la campiña se bañó en lívidos resplandores. En seguida las tinieblas fueron completas.

—Echate a un lado, Grachina—gritó la Josepa Antoni—; ¡sepárate, sepárate!

Apenas tuvo tiempo Grachina para apartarse. Un enjambre de hombres y mujeres, montados en cerdos, en escobas y en gallos, hendió los aires con vocerío y estrépito indecibles de hierros, tambores y trompetería, dejando tras sí humo y hedor de azufre y hollín. Por donde pasaba la alborotadora caterva, la tierra arrojaba bocanadas de fuego, con acompañamiento de estridentes detonaciones.

La montaña, un momento antes solitaria, se había poblado de gente. A todas partes que se mirara descubría la vista personas: unas jóvenes gallardas; otras, viejas retorcidas y como aterradas por el peso de los años; las de aquí, elegantes y finas; las de allá, harapientas y soeces. Parecía un hormiguero. Los fuegos fatuos avanzaban en *zig-zag*, huyendo de las rocas y buscando las zarzas, los helechos y las argomas.

Por la parte de atrás resonaron pisadas de caballo y surgió un resplandor. Momentos después llegaba junto al grupo de las mujeres de Urdax un hombre vestido con traje de eclesiástico, montado en un macho blanco, llevando a la grupa una horrible vieja, desdentada y barbuda, de ojuelos brillantes, tan flaca y nudosa que parecía un haz de leña envuelto en trapos. Aquella mujer se reía con voz chillona que rasgaba los oídos, saludando a todos con inmundos dicharachos. Alrededor de los jinetes iban unos cuantos hombres y mujeres ebrios, brincando y bailando al son de un destemplando tamboril y llevando humosas teas en la mano.

Grachina fijó sus curiosos ojos en el

grupo del macho blanco y dijo a sus compañeras:

—¡Osambela! ¡El señor cura de Zuggarramurdi!

—¿No te dije yo—contestó la Josepa Antoni—que íbamos lo mejor de la tierra?

En aquel instante llegaron el del macho blanco y su acompañamiento junto a las muchachas de Urdax.

—Cuidado, Miquela—gritó la vieja—; se te conoce mucho la gordura del talle, y el día menos pensado, tu padre, que es muy bruto, te acariciará con la vara de acebo.

Miquela se tapó la cara con las manos y lanzó un sollozo; las amigas, excepto Grachina, que le tuvo lástima, se sonrieron maliciosamente. Pero aquella impresión se borró pronto, porque acaeció un nuevo prodigio.

De los cuatro puntos del horizonte avanzaban, en columna cerrada, formas humanas, cabalgando en grullas, en buitres, en lechuzas y en cuervos, con tal barullo de aleteo, gritos desaforados, sonar de cencerros y cuernos y martilleo de almireces y calderas, que parecía propiamente que el firmamento se iba abajo. Los jinetes del espacio atravesaban las tupidas nubes, saliendo de ellas con copos de grasientos vapores pegados al cuerpo, los cuales brillaban un levísimo instante al rayo intermitente de la Luna con un fulgor pálido que se perdía en seguida en la negrura de otras nubes.

—Ya hemos llegado—dijo la Josepa Antoni, parándose.

Y sacando los zapatos de la bolsa del delantal, se los calzó, imitándole sus compañeras.

III

El lugar en donde se hallaban era una extensa meseta alfombrada de menuda y espesa hierba. La concurrencia era también innumerable, como las

hierbas del suelo, y cada minuto se acrecentaba con nuevas personas que desembocaban por todos los senderos de la montaña.

Muchos se agrupaban en torno de hogueras. A la luz de éstas se distinguían muy diversos tipos. Niños, jóvenes, hombres, mujeres, viejas rotas y remendadas, tiznado el cuerpo de hollín, desdentadas, narigudas y pelonas. Gran parte de los allí congregados llevaban enroscada al cuello una vívora, o puesto sobre el pecho un lagarto. La misma Josepa Antoni, con gran maravilla de Grachina, sacó del seno uno de estos animales y se lo colocó encima del corazón a manera de escudo, insignia o escapulario.

Por el acento y variedad del bascuenze, así como por los trajes y tipos, comprendió Grachina que en aquel yermo se hallaban presentes gentes de toda la Nabarra baska, desde Roncal y Salazar hasta la Burunda, de los pueblos más cercanos de Guipúzcoa, como Oyarzun, Irún, Rentería, Pasajes, Fuenterrabía y Lezo, y del país del Labourd.

No tardó Grachina en quedarse sola. Cada una de sus compañeras fué encontrando un compañero, al que se reunió, no sin demostrar antes con expresivos gestos, cuán grande era el placer que proporcionaba el encuentro. Según notó Grachina, la mayor parte de los asistentes andaba apareada.

Al poco rato de estar sola topó Grachina con una jovencueta, que en sus ojos negros, pelo crespo, tez curtida y bronceada, formas esbeltas y olor a sardinas, revelaba a cien leguas ser una *Cascarota* de Zubiru.

—¿Tú eres nueva, como yo? ¿Tú no has estado nunca aquí, verdad?—preguntó la *Cascarota* con ese apresuramiento en el hablar propio de las mujeres de su raza y clase, las cuales, como siempre van corriendo para vender la sardina, ahorran en pronuncia-

ción el tiempo que las paradas les hacen perder.

—Jamás—contestó Grachina.

—Pues unámonos—replicó la *Cascarota* tomándole el brazo—. Antes de ser de los de aquí, conviene ver lo que hacen. Mi madre y mis cinco hermanas son, y se relamen de gusto los dedos cada vez que asisten al *akelarre*. Mira: en medio de todo tengo un poquito de miedo de estar aquí, entre esta gente endemoniada, por más que haya visto llegar a los curas de Ascain y Saint-Pé.

—Y yo también—contestó temblando Grachina.

—Pues mejor que mejor para permanecer juntas. Dos semicobardes hacen un casivalente.

El tañido de una campana puso en movimiento a la muchedumbre. Grachina y la *Cascarota*, imitando a los demás, se dirigieron al centro de la meseta.

Allí había un trono de madera negra, con dosel rojo, y en él, sentado, un ser espantoso y grotesco a la vez, medio hombre y medio chivo, con la frente armada de dos enormes y retorcidos cuernos, panzudo como un hidrópico y flaco como un esqueleto, de ojos encandilados y saltones, boca hendida hasta las orejas, negro desde la pesuña hasta la raíz de la cornamenta, y cubierto de lana lacia e inculta. Sentados a sus pies estaban Osambela y la vieja que con él cabalgó en grupas. A la izquierda se levantaba un campanario de madera, y a la derecha, un tablado y una cruz toscamente formada con dos troncos de árbol retorcidos y nudosos. Del trono brotaban llamadas de olor azufrado, unas veces rojizas, otras cárdenas, otras azuladas, otras lívidas, pero jamás claras y alegres.

El diablo—llamémosle por su nombre—se puso de pie, y resonó una inmensa aclamación de amor y entusiasmo. En seguida el tétrico monarca del

abismo se volvió de espaldas, se echó a gatas sobre el trono, levantó la cola y presentó el trasero al público. Ejecutar este acto soez y precipitarse la gente a adorarlo, poniéndose para ello de rodillas, todo fué uno. Aquel inmundo besuqueo duró cerca de una hora.

Terminado ese pleito homenaje, dos hombres subieron al tablado, provisto el uno de un *chistu* (1) y el otro de un tamboril.

Grachina los conoció en seguida: eran los tamborileros de Echalar. Las agudas notas de la *chirola* rasgaron el aire; los redobles del tamboril despertaron a los ecos de las montañas, y la mayor parte de la muchedumbre, cogida de las manos, comenzó a bailar dando vueltas alrededor del trono.

La música de los tamborileros era como nunca la había oído Grachina: viva, embriagadora, excitante, una especie de tentación carnal diluída en notas chillonas que se filtraba por los oídos y desataba todos los instintos y enardecía todos los sentidos e irritaba todos los apetitos. La chusma bailarina brincaba y se movía delirante, lanzando alaridos, carcajadas y blasfemias, presa de un ardimiento bestial. El trono vomitaba llamaradas rojizas, que envolvían a los seres y objetos en una aureola infernal; la montaña trepidaba. El cielo estaba negro y las nubes tan bajas, que los bordes de las más próximas a la cumbre se teñían con los reflejos de las llamas del trono, apareciendo como inflamadas. El viento ululaba en los barrancos y en los bosques. La niebla, abismada en el valle, se movía lentamente de un lado a otro, como una densa humareda.

La danza cesó a una señal que el diablo hizo a los tamborileros. Jamás a un movimiento más vertiginoso sucedió inmovilidad más completa.

La vieja que estuvo sentada a los

pies del demonio y junto a Osambela se levantó y, sin sombra de pudor, tan cínica como fea, comenzó a desnudarse. Eran de ver sus carnes denegridas, sus pies ásperos y mugrientos, sus pechos flácidos y arrugados como dos vejigas desinfladas, su vientre abombado, sus melenas grises y despeinadas, sueltas por la espalda; sus rodillas nudosas, sus brazos secos como cañas, sus piernas retorcidas como sarmientos, sus manos huesudas, anchas y vellosas como las zarpas de un orangután.

Sobre la espalda de la vieja echaron un paño blanco, y ella se colocó a cuatro patas, formando una especie de mesa o altar; Osambela se revistió de alba, roquete, casulla, etc., como para celebrar misa. Y, en efecto, ayudado por un chicuelo de aspecto miserable, practicó una parodia del santo sacrificio, alzando una hostia negra y un cáliz coronado de llamas carmíneas y humeantes. Terminada la misa negra, el celebrante y la vieja adoraron al cabrón demoníaco, y los tamborileros volvieron a sonar sus instrumentos, bailando al son de ellos la bruja y el diablo una danza obscena y torpísima, que alcanzó aplausos y vítores sin cuento.

El diablo tomó asiento en el trono y dijo con voz cavernosa:

—Si hay algún neófito que quiera profesar mi religión, salga fuera, acompañado de su padrino o madrina. Yo estoy dispuesto a admitirle en mi iglesia, concediéndole todas las gracias, beneficios y privilegios que disfrutaban mis creyentes.

Hubo unos instantes de expectación general, y la Josepa Antoni, acompañada de la Miquela, salió al centro del círculo.

—Hola, mi bien amada Izarbeltz— dijo el diablo dirigiéndose a la Josepa Antoni—, veo que persevera tu buen celo de apóstol; si todos mis vasallos fuesen como tú, pronto el mundo estaría sometido a mi regimiento y gobier-

(1) *Silbo*. Instrumento músico del país, *hirola* significa lo mismo.

no. Esta noche serás mi pareja en la gran danza de los cuerpos desnudos.

La Josepa Antoni se arrodilló y besó tres veces la pesuña al diablo. En seguida dijo:

—Gracias, señor; no soy digna de tanta distinción; pero tú lo puedes todo, y al humilde lo levantas en alto.

—Ponte de pie, mi predilecta Izarbeltz, y habla.

—Señor, aquí hay una mujer que desea entrar en tu iglesia para adorarte y servirte eternamente.

—¿Con qué nombre?

—Con el de Osiñbeltz.

—¿Ha cometido algún acto grave contra los dogmas o la moral de mi enemigo?

—Sí, ha cedido a los halagos de un amante.

—Bueno. Adelántate, Osiñbeltz. ¿Es cierto que quieres entrar en mi iglesia?

—Sí, señor; es cierto—respondió la Miquela con voz temblorosa.

—¿Es cierto que estás dispuesta a adorarme y a servirme, obedeciéndome en todo y amándome sobre todas las cosas?

—Sí, señor; es cierto.

—¿Es cierto que confesarás mi fe en público cuando sea preciso, y que sufrirás por ella la muerte y el martirio?

—Sí, señor; es cierto.

—¿Es cierto que estás dispuesta a abominar de todo lo que has adorado hasta el día, y a despreciarlo y a cubrirlo de ludibrio y que reniegas de ello?

La Miquela vaciló un instante, y con voz más temblorosa todavía, añadió:

—Sí, señor; es cierto.

—Pues bien: adórame Osiñbeltz.

El diablo se volvió de espaldas, y la Miquela le adoró según rito.

Una formidable exclamación estalló como un terremoto. El trono arrojó, a manera de surtidores, dos inmensos chorros de fuego, que se perdieron, cubriendo, en las nubes.

El diablo se sonrió con expresión de siniestra alegría y dijo:

—Osiñbeltz, antes llamada María-Agustina-Micaela Goyeneche, hija del caserío Gañekoborda, donde siempre habitaron cristianos, me pertences para siempre. En testimonio de mi perpetua soberanía, márcala con mi sello, Izúrritebeltz.

Osambela, o sea Izúrritebeltz, se acercó a la apóstata, y agarrándola por el cogote con la mano izquierda, sin hacer caso a sus gritos de espanto y de dolor, le marcó con una moneda de oro en la niña del ojo izquierdo la imagen microscópica de un sapo, distintivo tradicional de los sectarios de Satán en la Euskal-Erría.

—Arrodíllate nuevamente, Osiñbeltz.

Así lo hizo ésta, y el diablo, sacando de su seno un gran lagarto, se lo entregó diciendo:

—Cuida más que de tu propia vida de este animal sagrado y maravilloso. Con su baba fabricarás el unguento que te tornará invisible y te permitirá volar por los aires montada en cualquier objeto o animal, sin que nieblas, ni ríos, ni paredes, ni cadenas sean parte bastante a detenerte; y el licor que ciega, atonta, enloquece, enferma a hombre y ganados y mata, lenta o súbitamente, según se quiera. Llévalo siempre contigo y siembra de maleficios los campos, las casas y los corrales de mis enemigos y de los tuyos. Sé libre y sacia todos los deseos de tu cuerpo. Siembra la soberbia, la gula, la avaricia, la lujuria y todos los demás pecados por el mundo. Cuando nazca tu hijo no lo bautices y mávalo. Nadie sabrá nada, excepto yo, que estaré contento. Coge ahora tres piedras del suelo, ponte frente a esa cruz, repite mis palabras y haz lo que te mande. Concluído esto, bailaremos todos y nos entregaremos a la orgía, hasta que la aurora blanquee las nubes de Oriente.

Osiñbeltz cogió las tres piedras y se dispuso a obedecer.

—Repite mis palabras: «Maldito seas tres veces, signo de obediencia, de caridad y de abnegación. Maldito seas, amuleto nazareno, porque consuelas. Reniego de ti y me voy con el eterno Proscrito, con el gran libertador.» Apedrea a la cruz.

Había estado Grachina siguiendo toda esta escena con una curiosidad mezclada de terror y repugnancia inauditos. Las piernas le flaqueaban, y, sin embargo, levantaba la cabeza todo lo que podía para mirar por encima de los hombros de las personas que estaban delante. Pero al oír las blasfemias repetidas por la Miquela y ver la primera piedra lanzada por ésta rebotar en el leño de la cruz, dió un salto hacia atrás, y horrorizada exclamó:

—*Ah Jesús ona! Ene andre Biryina María! (1).*

Estas palabras, pronunciadas a media voz, resonaron extraordinariamente con un timbre cristalino, dulcísimo. Un alarido desesperado y rabioso las contestó, y aquella obscena y sacrílega chusma, como ceniza aventada por el huracán, se despeñó monte abajo o se absorbió en las brumas del horizonte, quedando solitaria en medio de la alta planicie la pobre Grachina, ya me-

dio muerta de miedo y pena. La hermosa niña se arrodilló delante de la cruz, lloró mucho, pidió perdón a Dios de todos sus pecados, se encomendó a la Santísima Virgen, y herida en el corazón, tras un congojoso grito, cayó exánime.

Un ángel más radiante que el Sol y más perfumado que un jardín de mayo bajó lentamente, se cernió sobre Grachina, recogió su alma, fugitiva del cuerpo, y la subió al cielo.

Varios arrieros que aquella noche atravesaron el puerto de Osondo dijeron al día siguiente que, a eso de las dos de la madrugada, notaron sobre Archuri un reflejo como de arco iris, pero mucho más brillante; que los pájaros, creyendo, sin duda, ser aquella tornasolada luz la aurora, rompieron en gorjeos y trinos; que aquella claridad fué alejándose hacia arriba, hasta extinguirse completamente, y que oyeron repique de campanas, música de arpas y cánticos muy dulces y lejanos.

Tres días después, los pastores de Urdax y Zugarramurdi encontraron el cadáver de Grachina en la cumbre de Archuri, hermosa como en vida, sin más desmerecimiento que la palidez de los labios y de las mejillas.

Arturo Campión

Pamplona.

(1) «¡Ah Jesús bueno! ¡Mi Señora la Virgen!»

CANCIONERO POPULAR

EL PERDÓN

POR VICENTE DIEZ DE TEJADA

ARREBUJADA en un raído mantón de abrigo, húmedo el cabello por los besos de la niebla, que nimbaba las luces de los faroles con un halo misterioso, arrastrando los pies con supremo aspecto de vencida, compungida, abandonada, absorta, una mujer, joven aún, envejecida ya, chancleteaba por la apartada calle recubierta de fango pegajoso, casi líquido, molido por las pisadas de los transeuntes.

Al pasar junto a la puerta de un tabernucho, cuya vidriera velada en parte por rojas cortinillas, mostraba los cristales empañados, dejando adivinar a través de ellos la atmósfera densa, nauseabunda, confinada del inmundo lugar, llegó a oídos de la abatida mujer la voz de otra, apagada, ensordinada por el rumboreo zumbador de cien conversaciones que con bordoneo de colmena hervían en el antro de Baco, que rasgada y ronca, entonaba a los acordes de una guitarra, la copla siguiente:

«Es verdad que he sido mala,
Y ahora me quiero enmendar.
¡La que es mala y se arrepiente,
La deben de perdonar!»

Nuestra desconocida se estremeció al sentir su espíritu flageado por el latigazo del cantar—espontánea flor del pueblo-poeta—o acariciado por la consoladora brisa—todo misericordia, todo indulgencia, todo arrepentimiento—de la sentimental malagueña.

¿Acaso ella, la mujer abatida y triste era una pecadora también?

¡Oh!... ¡Líbreme Dios de clasificarla!

«No juzguéis, si no queréis ser juzgados», dice la Escritura.

Callen mis labios pecadores...

* * *

El címbalo quejumbroso, plañidero, de un convento de monjas invitaba a los fieles—a los que sufren, a los que lloran, a los que aman, a los que creen—con maternales voces, al reposo del alma en el seno de la meditación, al florecimiento de la oración en los labios, al regalo del espíritu con la ambrosía de la palabra divina...

Al llegar a la puerta del beaterio, la mujer vió que unas damas enlutadas penetraban en él.

Algo, «alguien», la tomó, amoroso, de la mano y la introdujo en el templo.

Entró, anduvo unos pasos, deslumbrada por la profusa iluminación del sagrado recinto, convertido en un «ascua de oro»; y, sin saber cómo; siguiendo, quizás, a las enlutadas señoras, se halló postrada en tierra, de rodillas, cerca del púlpito, en el cual un anciano sacerdote dirigía a los fieles la palabra de Dios.

¿De qué hablaba?... ¿Qué decía?... ¿Qué conceptos misteriosos vertía en su oído la palomita aquella que aleteaba sobre su cabeza, pendiente del tornavoz, y que sus labios traducían en

suaves, en consoladoras, en cálidas palabras, dulces como mieles, acariadoras como manos maternas, alentadoras como promesas de triunfo y de redención?...

El sagrado orador hablaba de una mujer perseguida por las turbas lapidasoras, que como ave azorada huyendo del voraz gerifalte, se había acogido al seguro de las salvadoras plantas de Jesús.

—«¡Vete en paz, mujer!»—habíale dicho el Señor, después de librarla de las iras de sus perseguidores; enfurecidos por huracanes de justicia. —«¡Vete en paz, mujer... y no vuelvas a pecar!»

Luego, más tarde, el predicador habló de otra pecadora, mil veces afortunada en cuyo emponzoñado corazón la Gracia, sobre las raíces mismas del pecado—secas ya para siempre—hizo florecer, regadas con lágrimas de arrepentimiento, las punzadoras rosas de la expiación, purpúreas por fuegos de amor, fragantes con sutiles aromas de nueva vida...

Aquella bienhechora lluvia de primavera, había descendido sobre su yerto espíritu alguna vez, varias veces, muchas veces...; pero siempre había resbalado sobre la roca dura, hostil, impermeable, evaporándose, rápida, sin dejar señales de su paso por el arenal estéril...

Aquel día, no, entonces, no... ¡La tierra estaba mullida, blanda, removida por una conmoción honda, y las divinas aguas eran absorbidas con ansiedad, con avara presteza, espojándose, empapándose, saturándose de fertilizadora humedad ávidas de retener el tau-

maturgo riego, a cuyos besos el erial se cubría de flores...

El mismo predicador observó la emoción de la mujer, pendiente de sus palabras; clavadas en él las miradas de sus implorantes ojos; entreabiertos los labios con supremo gesto de ansiedad, convulso el pecho, cuajado de sollozos, enclavijadas las manos en actitud de súplica ferviente...

Terminó el sermón, y la mujer continuó absorta.

Y absorta, ensimismada, perseveró hasta que se extinguieron las luces del altar y hasta que el templo quedó desierto...

Entonces el predicador salió de la sacristía y pasó junto a la mujer. La oyó sollozar... Lloraba convulsivamente, con la frente postrada en tierra.

El sacerdote, con amorosa suavidad, apoyó su mano en el hombro de la pecadora, y cuando ella irguiéndose de rodillas, alzó los ojos para mirarlo llena de unción y de agradecimiento, él le dijo:

—Jesús ha venido, mujer... Está aquí y te espera... Ven conmigo; te llevaré a El... Póstrate a sus plantas... Lava sus divinos pies con el bálsamo precioso de tus lágrimas, más caro para el Perdonador que el de nardos con que se los ungió la Magdalena... Enjúgaselos con tus cabellos... Bésaselos con tus labios... Confiésalo... Pídele misericordia... ¡Yo te prometo y te aseguro que El te despedirá en paz y perdonará tus pecados todos, así ellos fuesen más numerosos que las arenas de los mares y que las estrellas de los cielos!...

Vicente Díez de Tejada

DEL FOLK-LORE DE ASTURIAS

BAILAR Y MÁS BAILAR

POR CONSTANTINO CABAL

Y las rapazas, qué hacen?Cuál es la ocupación de las rapazas y cómo se divierten en sus fiestas...? Y las rapazas qué hacen...?

Pues cantar y más cantar... al menos las que tienen buena voz.

—Todas las que cantan bien pasan la barca cantando, y yo porque canto mal, siempre la paso llorando.

La barca, el tiempo, la vida... A la postre, todo es la misma cosa.

Por eso el cantar bien importa mucho, y por eso es una gracia el tener buena memoria y aun el improvisar en ocasiones. Cuando tocan dos mozas el pandero en un baile de lugar, la que repite un cantar ya pierde autoridad de cantadora. Y en sus pugnas poéticas lo dicen:

—A cantar ganárame,
pero a cantares...!
Tengo 'n un arca llena
siete costales...!

Y en Galicia dicen de este modo:

—Aunque botes e rebotes
e volvas a rebotar,
inda teño un saco cheo,
y outro por encomenzar...

Y se replican así:

—Cantares e mais cantares,
cantares ch'hei de cantar;
teño a hucha nova chea,
e un costal por desatar...

Cuando hay improvisaciones no se puede dudar que son auténticas. Estas mocitas del Norte tienen el instinto de

la poesía siempre pronto a florecer. A una llamaban «la Fea» en el Valle del Lago, de Somiedo; tenía imaginación, ingenio, gracia... Y una vez que se enfermó, avisaron un médico... a Belmonte. Llegó al cabo de tres días, y ya entonces «la Fea» estaba bien. Su casa era la primera por el camino del médico, y ella se hallaba a la entrada.

El médico se acercó...

—Me quiere hacer el favor...? La casa de la Fea es por aquí...?

Y ella, con instantánea rapidez, al ver la nariz del médico, que érase una nariz superlativa:

—Que soy fea, bien lo veo,
y en la cara me lo dices:
pero yo puedo atechame
debajo de tus narices...!

Improvisan, es verdad... Están en una fiesta de Saliencia dos mociquinas rivales; a una la llaman «la Diestra», y el nombre de la otra es Leonor; ambas tocan; ambas cantan; y «la Diestra», de pronto, canta así:

—Pensaste de subir mucho,
y antes de subir bajaste:
no fué tanto la subida
como lo que imaginaste...

Y Leonor replica de repente:

Eres pájaro «diestro»,
pero no sabes
la destreza que tienen
las otras aves..!

Improvisan, es verdad...

* * *

Y celebran sus bailes con frecuencia. Ellas juntan el dinero, ellas consiguen el músico, y si el baile es a la noche y el tiempo no está bueno para el caso, ellas buscan la casa necesaria. En la edad de Don Denis, se llamaban las casas especiales en que hacían estas fiestas las mocitas, casas de amor, o de coros...

—Vou-m' la bailada
que fazen en casa
do amor...!

Si la casa no parece, se cuelgan los carburos bajo un hórreo, y allí bailan a destajo. Y si el tiempo es apacible, los cuelgan de las ramas de los árboles, y bailan en el campo hasta cansar... Hogaño son los carburos, antaño, los candiles de saín...

Cuando tocan violines, o manubrios, o músicas de ambulantes, ya no cantan las mocitas... Cantan cuando hay panderetas, y en los diversos bailes de otro tiempo que precisan la canción. Y suena la pandereta bajo los dedos ágiles y finos con golpes secos, rápidos, redondos que saltan algunas veces entre el bullicio, el temblor, el ruido de cristal de las sonajas. Y suenan las castañuelas con brío, con remango y a compás...

Los mozos se hacen rogar cuando se trata de bailes, y suelen las cantadoras clavarles banderillas de este modo:

—Salid, mozos, a bailar,
no gastéis tanta fachenda:
tan buenos son los que bailan
como los que están afuera...

Y suelen pellizcarles de este modo:

—En este pueblo no hay mozos,
y si los hay no los veo:
andarán por la cocina
espumando los pucheros...

Cuando bailan dos mozas en pareja, el que quiera «sacar» una, necesita buscar un compañero para que saque la otra. Y cuentan que los baqueiros hacen la operación por este estilo:

—Hay licencia, Marica...?

—Eres tú muy dueño, majo...

Y si no, por este otro:

—Se puede, Juana...?

—Adelante, majo...

El majo que tiene novia, o debe bailar con ella, o «guardarle la ausencia» dignamente, no bailando con ninguna. Las bailadoras suelen advertir;

—El galán que está en el baile
parece que tiene amores,
que a cada vuelta que da
se le mudan los colores...

Y es frecuente que en el canto aparezca la sátira maligna:

—El galán que está en el baile
parece que pisa verde:
pisa acá, pisa acullá,
pisa el diablo que lu lleve...!

Y a veces, la ironía dice así:

—Baila'majo, baila, majo,
que me gusta tu bailar,
que los tus brazos parecen
los remos de navegar...!

Es mal visto el que una moza deseché una invitación, y aun en algunas partes peligroso. Y el mozo a quien le piden la pareja, aun por mucho que la estime, debe cederla con gusto. Si no, ya no baila más: el desairado cuenta su desaire, y todos sus amigos, uno a uno, van a pedirle al otro la pareja en cada baile que inicie. Si se resiste, lo echan, y hay «cuestión»...

En la parte occidental, el baile acaba siempre en un abrazo, que se llama la «maquila»...

C. Cabal

EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA

NOVELA ORIGINAL DE S. RAMOS ALMODÓVAR

(CONTINUACIÓN)

Bastaban sólo las palabras del tío Jerónimo, tremendas de verdad, resonantes de justicia, más duras, y más fustigadoras, y más hirientes, porque eran eco de un noble espíritu apoyado en la bondad: una fuerte columna, tan levantada y erguida, que su capitel tocaba en la misma bóveda de los cielos.

Las luces del nuevo día, lejos de auyentar el tropel de mis sensaciones, le exaltaron y enfurecieron más aún. Nuevos hechos, espeluznantes, me esperaban en el mundo. ¡El mundo, bajo cuyos impulsos e incentivos había yo caminado, y que me pagaba como él suele, mi esclavitud!

Pero en todo aparece la mano providente y sabia, de Dios. Aquella noche, la peor de mi vida, me trajo las más claras luces al alma. Desde aquella noche, mis pasos no volvieron a seguir la senda de la pasión brutal que me absorbía las horas y los pensamientos, y encendía mi sangre, con fuegos de pecado. Entre aquellas tenebrosidades, lució espléndida la estrella divina de mi rumbo nuevo.

Por eso, después de haber escrito lo que va antes, como reparación humilde, anoche ofrecí a Jesucristo, en memoria de la noche aquella, el acto de las disciplinas que los ermitaños realizamos tres veces a la semana, a última hora de la tarde, después del rosario y la meditación.

Es imponente y severo el acto de las disciplinas.

Todos los hermanos que componemos la comunidad, a la hora que he mencionado, reunidos en la capilla del eremitorio, nos colocamos en fila, a prudencial distancia. El sagrado lugar, tiene en esos momentos un santo aroma de sacrificio y penitencia, diluïdo por sus ámbitos. Las almas se consumen en la fiebre que han tomado del horno poderoso y rutilante, que es el costado de Cristo. Ante El, conmovidos de ardiente afán de sufrimiento, buscamos éste, como un manjar delicado y exquisito que nos embriague con los goces secretos y misteriosos, del dolor.

Todas las luces de la capilla se apagan. Hasta la lucecita gloriosa que alumbraba ante el Sagrario, desaparece unos minutos. El augusto Prisionero del Altar, recibe durante esos instantes otro homenaje: el de nuestro pecho, donde fulgura radiante la lamparilla del amor, que nuestra sangre alimenta, como aceite, y nuestro espíritu hace arder, quemándose él mismo en llamaradas esplendorosas.

¡Qué amables, y tiernas, y acogedoras, estas tinieblas benditas de nuestra capilla, en la hora de las disciplinas! ¡Y qué hermosas y profundas las eternas palabras, en los labios piadosos!

—*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam...*

Completamente desnudos de medio

cuerpo abajo, lentamente vamos rezando el salmo que implora perdón y misericordia, mientras que enarbolando los tejidos cordeles durísimos, nos azotamos las carnes.

Las bíblicas estrofas, resuenan juntamente con los trallazos de las disciplinas. El alma cuenta arrepentida sus culpas, y pide al Altísimo el rocío salvador de las absoluciones. Y mientras, los cordeles clavan sus nudos en la piel, arrancando, en prueba de arrepentimiento, dolores agudos que borren los antiguos goces del pecado.

Hoy, no he querido usar las disciplinas sencillas de cáñamo sólo. En los ramales que brotan del puño, como dedos larguísimos de una extraña mano esqueletrica, he colocado unos pedazos de alambre, retorcidos, con las puntas salientes y aguzadas. Y al final, en los nudos extremos he metido unos pedacitos de plomo que hacen ser más firmes y seguros los golpes.

¡Señor, Señor! . . . ¡Qué poco es todo esto, comparado con el número de mis ofensas! ¡Qué chico e insignificante este dolor que yo ahora me causo, comparado con el que a Ti te proporcioné, con los graves crímenes que llevé a cabo!

Enardecido con vivos anhelos de penitencia, me daba golpes sin miramiento, sin reflexión, sin darme casi cuenta de que me los daba. Las manos obedecían los mandatos íntimos del corazón contrito, y si sufría la carne, era el sufrimiento estímulo para mayor y más profundo dolor.

El cuerpo era mi enemigo, mi corruptor, el asnillo perverso y sensual que hizo cabalgar a mi alma sobre sus lomos, para llevarla en busca de fementi-

dos placeres, para hacerla compártice de los sucios pastos con que él se alimentaba, con rabiosas ansias de hartura. Y menester era purificarlo, domarlo con castigos recios, acomodados a sus bríos desatados y libertinos.

Lo mismo que se hace con los potros sin domo, a los que, con el solo fin de cansarlos se les dan grandes carreras, ayudadas de espolazos; y, bien sujetos al ronzal, se les obliga a que den vueltas y más vueltas en un círculo, sin dejarles descansar un punto, con el azote en la mano del domador, pronto siempre a restallar sobre las costillas del fogoso animal; y esto, hasta que se rinde, vencido, un día y otro día, acobardado, una vez y otra vez; chorreando sudor copioso que le baña, echando espumarajos por los belfos, jadeante, sin fuerzas ya más que para andar mesurado y mohíno..., igual había que tratar y domesticar al cuerpo, sin dejarle de la mano, sin aflojarle las riendas, sin quitarle las estrellas de las espuelas, de los hijares, sin soltar un punto el látigo, restallante, sobre las ancas, hasta que entrase en tino y cogiera el buen paso, a fuerza de verdugones y cardenales, de sudores y de fatiga, de desolladuras que chorrearan sangre, si hacía falta...

Y sí, sangre, sangre chorreaba mi cuerpo ahora, rudamente lacerado por las disciplinas. En caliente las heridas que me hicieron los retorcidos alambres, apenas me dolían. Ni apenas vivía yo dentro de mi carne, porque el espíritu se levantaba sobre todo, enfervorizado, encumbrado por los remordimientos, por las contriciones sentidas, por los deseos ardentísimos de hacerse fiel, y bueno, y humilde, y resignado... Mas

cuando terminado el acto de las disciplinas, nos vestíamos rezando la acostumbrada estación al Santísimo, noté yo un gran escozor y una aguda molestia, con el roce de las ropas en los sitios lastimados. Y más grande fué aún el escozor en las carnes, cuando se me quedaron pegadas las heridas en la tela.

Ya solo en mi celda, ví que en las manos tenía salpicaduras de sangre, y que los ramales de las disciplinas, estaban manchados de sangre mía también. Y entonces, de rodillas postrado en el suelo, ante el crucifijo, recé con el corazón puesto en el aliento febril de las palabras:

Jesús, Redentor mío, que echaste en la balanza de la divina Justicia, toda la Sangre de tus venas, para salvar al hombre, caído en el pecado: aquí, ante tu sagrado Cadáver, colgando del patíbulo, se presenta uno de los verdugos que con más saña te hirieron. Yo sumí en la deshonra a una mujer, manchando con la baba de mi sensualismo, la fragante y purísima flor de su pureza. Yo compré la vida de un hombre, viejo y noble, que tuvo toda su existencia sujeta a mis mandatos. Yo, Señor, con el resguardo de mi caballerosidad fingida y de las riquezas que tú me diste para emplearlas en el bien, fui entre mis hermanos peor que un lobo entre las ovejas: ingrato, ladrón, criminal..., ni ante mi propio hijo ablandé la dureza de mis entrañas, y más desnaturalizado que las hienas, a mi hijo abandoné, renegando de él y de mi paternidad... Cristo: Dios mío: ¿Me das licencia para mirarte? ¿Permites que yo me dirija a Tí y te hable? Hoy te traigo una ofren-

da: rubíes de mi sangre, mi pobre sangre pecadora, derramada en desagravio de mis culpas; mezclados con los puros diamantes de mis lágrimas penitentes, tómalos, Señor..., son todo mi tesoro; es lo único santo y noble que puede dar de sí esta mal gastada naturaleza mía...

XIX

No sabía yo que, pasada la noche aquella, macabra y espeluznante, del velatorio en pleno campo, ante el cadáver del tío Jeromo, me esperaban si cabe, angustias más intensas y dolores más fuertes.

Muy pronto corrióse entre las gentes de Los Chaparrales la voz de que había sonado un tiro, de que yo no pasé la noche en casa, de que ni Basilio ni el tío Jeromo aparecían por la dehesa. Eran varias coincidencias extrañas, y, naturalmente, la alarma cundió enseguida, y enseguida, tan pronto como el día principió a clarear, dieron comienzo las averiguaciones y pesquisas, llegando hasta donde yo estaba, uno de los pastores.

¿Cómo, cómo iba a explicarse el hombre la verdad de lo ocurrido? Creyó que todo había sido obra de... ¿qué sabía él? Quizá de la casualidad. Algún cazador que habíase perdido por entre aquellos vericuetos, y creyendo matar un lobo, mató al pobre viejo... Lamentó con palabras sentidas e ingenuas el fallecimiento de éste, el cansancio y el disgusto mío, que me pasé toda la noche en vela...

Y terminó diciendo:

—Si hubiá usted avisao, señorito Pa-

co... Pero, claro, se conoce que usted oyó er tiro que sonó, no tuvo aguante pa esperá, ni mieo pa ve que no era un seguro aventurase por entre estos andurriales, en una noche oscura..., y se encontró usted con lo que tenemos delante... Po, si le parece bien, yo lo que debo de jacé es avisá ar pueblo, pa que venga la justicia y los ceviles... Luego, tó es que si pa acá, que si pa ayá, y como no encuentren las cosas claras, tó es darmos ruío a los que andamos alreó...

Asentí, en silencio. No podía hablar, yo.

Y el hombre, juzgando que toda mi actitud era debida al disgusto por la desgracia acaecida al tío Jeromo, nuevamente me prodigó los consuelos que le sugería su corazón, en rústicas palabras expresivas. Y como allí estaba una caballería, vacante, montó en ella, y siguió el camino, con toda la prisa que requería el suceso.

Muy poco rato estuve solo. Aún no había salido el sol, y ya habían llegado adonde yo estaba, cuantas personas se hallaban en la finca. Todos: los hombres, las mujeres, ¡hasta los niños! estaban allí, haciendo el duelo, principalmente las mujeres, de modo estrepitoso.

La tía *Lagarta*, lloraba y plañía, lastimera y afligidísima. No habría demostrado más dolor, ante el cadáver de su mismo padre.

Y cuando, haciendo cábalas, y dando suspiros, y ensartando alabanzas al muerto y maldiciones al criminal, estaba la mala mujer, como en sus glorias y dichas, todos volvimos la cara por el camino, para ver quién llegaba, gritando desaforadamente.

¿Y quién, quién había de ser, si allí no faltaba nadie más que ella, Guadalupe, que con el hijo en brazos, venía corriendo, segura, con la seguridad de los presentimientos clavados en el alma, de que a ella le tocaba de cerca la desgracia?

Nadie se opuso al avance de la sinventura.

Nadie hubiera podido oponerse tampoco.

Y cuando vió muerto en tierra a su padre, al contrario de lo que todos esperábamos, calló, calló, con un silencio que me heló la sangre en las venas. Fijos, fijos los ojos desorbitados en el cadáver, ni una queja, ni un suspiro siquiera, profirió Guadalupe.

Y un minuto—¡un año, un siglo entero!—así. Todos llorábamos. En todos nuestro pechos, el dolor, clavaba la aguda flecha de una horrible inquietud.

Yo, principalmente, que sentía la tragedia más de cerca, tanto, que dentro de mí la llevaba íntegra, en aquellos instantes que duró la muda escena, vi toda mi alma anegada en mares de infinita pesadumbre.

Y aún no se había fijado ella en mí. Seguramente, ni sospechaba que me hallaría en Los Chaparrales. Vuelta de espaldas adonde yo estaba, vestida con pobrísimas ropas de colores chillones, se me aparecía quieta, como una muerta sostenida en pie por un extraño equilibrio.

El amor, todo el amor ardiente y apasionadísimo que por ella sentía, amor de íntimos fuegos, voraces e inextinguibles, de poderosas luchas, pujantes y briosas, de férvidos entusiasmos, acometedores y febriles, ese amor...

ahora, después de la noche lúgubre y emocionante, allí, ante el cadáver del inocente martirizado, ante ella, martirizada también, se despegaba de la materia, huía de la carne, y, sólo espíritu vibrante de dolor, me sumía en delirios de arrepentimiento, en ansias vivísimas de bondad y de ternura, en deseos frenéticos de que todo no hubiera pasado, de que el tiempo volviese atrás su rueda impasible, para iniciar yo nuevos pasos por caminos nuevos, que en estos momentos de horrible angustia, vislumbraba llenos de sol, de dicha y de gloria... ¡Imposible, todo imposible ya!...

Arropado en una roja toquilla de pelo de cabra, junto al seno de Guadalupe, insensible a cuanto ocurría, su hijo, ¡mi hijo, también!, tal vez dormía, en aquella hora trágica, los sueños divinos de los ángeles... ¡Mi hijo!... Nunca, nunca podría saber quién era su padre..., y mejor era así, que no lo supiera nunca, para no sentir asco, y repulsión, y odio hacia quien le engendró en el pecado, y luego, cobarde, no afrontó las consecuencias de la paternidad, y luego..., eso: ¡criminal!, compró la vida del pobre abuelo santo...

Todo esto, atropelladamente, con un turbión de exaltados pensamientos azotándome el alma, como sayones feroces, lo sentía yo, en aquél paréntesis dolorido, donde latía frente a la muerte de su padre silenciosa y trémula, la vida entera de Guadalupe... y la mía también.

Y de pronto, a todos nos sorprendió aquél grito, agudo, hiriente, profundísimo, que dió Guadalupe. Fué un desahogo, un necesario desahogo para su espíritu que abrió la válvula de una queja, para no morir anegado en su do-

lor. Y ya, roto el silencio asfixiante, vinieron nuevos gritos, y sentidos lamentos, y lágrimas salvadoras, que rociarían la pena mitigándola y haciéndola más blanda y pasajera.

Entre dos mujeres, con no poco esfuerzo, incorporaron a Guadalupe de junto al cuerpo de su padre, donde, arrodillada, gemía con ayes desgarrados. Y entonces, entonces..., sus ojos, bañados del llanto, se encontraron con los ojos míos...

¿Qué vió? ¿Qué adivinó en mis ojos, Guadalupe?.. Y al darse cuenta de las manchas de sangre que yo tenía en el traje, ¡y en las manos!, de haber ayudado a incorporarse al tío Jeromo..., ¿qué pensó, qué horrible sospecha llegó a sentir momentáneamente?... De seguro algo tan monstruoso, tan brutal, que sobrepasaba todas mis fechorías. Yo había sido perverso, canalla, ¡hasta criminal había sido yo! Pero aquellas miradas encendidas de odio, aquellos gestos de asombro pavoroso de Guadalupe..., decían que ella, en aquel instante, cegada por las impresiones aplastadoras de aquellos minutos, me creía aún más perverso, más canalla y más criminal que lo que yo era.

Y las magnas tribulaciones de verme así juzgado, cayeron sobre mí, y me hundieron y me supultaron vivo en un abismo de confusiones y de vergüenzas.

¡Dios mío, Dios mío!... ¿Qué son los deseos de morir, comparados con aquellos anhelos rabiosos que yo entonces sufría? ¿Qué significan los sueños más crueles, las divagaciones de la fantasía más atormentadoras, ante la realidad aquella, viva, sangrante, incommovible, que yo estaba pasando?

Guadalupe vino a sacarme de la situación aquella de desesperanza en que yo me hallaba, con una carcajada retumbante, sonora, que trajo nuevos martirios de sufrimiento a mi espíritu, que ya parecía lleno y colmado de todos los dolores. Y a la carcajada aquella, siguieron ademanes y gritos destemplados, de locura francamente declarada.

Guadalupe había perdido la razón. No cupieron, no pudieron caber en su cerebro tan acervas impresiones, bruscas, horrendas, inmedibles, y perdió el equilibrio de la rectitud y orden de los juicios, y su alma rodó despeñada por los abismos del mental extravío.

¡Loca, loca!... ¿Hasta dónde Dios mío?... Hasta dónde queríais llevarme, por el camino de la desventura?... ¿Qué hieles me faltaban ya que apurar en el caliz de los infortunios? .. Pequé mucho, delinquí contra tus mandatos, como pocos hombres lo hacen. ¿Pero no bastaba ya, Señor? ¿Aún no estaban purgadas mis penas? ¿Todavía mi alma había de seguir presa entre los grillos y cadenas de las consecuencias de mis males?... Mi corazón, estrujado, pisoteado, lleno de pinchazos y desgarraduras... ¿había de seguir más tiempo entre suplicios y calabozos, entre los verdugos feroces y sanguinarios de mis propios actos, prolongados para mi castigo por tu implacable Justicia...?

Sí, aún quedaban espinas y abrojos en mi sendero. Todavía mi alma necesitaba nuevos tragos de amargura. Mi corazón tenía más sangre que derramar, hasta quedar purificado y limpio de las afecciones que lo rebosaron...

Guadalupe, sin soltar de los brazos a

nuestro hijo, corrió, corrió disparada, a campo traviesa.

Como no podía quedarse solo el cadáver del tío Jeromo, algunos de los pastores se estuvieron quietos junto a él, y los demás nos apresuramos a detener a la demente. Se arrinconaron dentro de mí todos los pensamientos, para dar cabida a esta desazón presente por la suerte de Guadalupe y del niño. Y ciego, corrí también para contener a la desgraciada, que iba desgarrándose las ropas en su frenesí de desatada locura.

¿A dónde, a dónde iba?... ¿Qué extraño rumbo guiaba a la infeliz entre la maleza, que seguía, seguía, rectilínea, sin titubeos, sin vacilaciones, arañando entre los pedruscos para ganar las cuestras, agarrándose un momento, sólo un momento, a los troncos de los árboles, para continuar luego con más brío la carrera, cayendo a veces de un tropezón para levantarse pronta, con más fuerzas y seguridad en sus pasos?...

¿A dónde, a dónde iba Guadalupe, en desenfrenada correría, tan deprisa, que éramos incapaces para darla alcance, y a veces, hasta de vista se nos perdía entre el matorral o la desigualdad del suelo, temiéndonos equivocarnos la dirección y dejarla abandonada a sus inconscientes impulsos?...

Un temor y un presentimiento rápidos hiriéronme en el alma. Siguiendo aquel camino, cerca, muy cerca ya, estaba el Pozo de las Moreras... Pero no, torció más a la izquierda, hacia el enorme promontorio, el Risco de los Cuervos, que llamábamos, constituido por un pico saliente de piedra, parecido a un cuerno gigantesco, que desafiando todos los equilibrios, se clavaba en el

espacio, sobre un barranco de lo menos veinte metros de profundidad, enhies to, amenazante, pronto siempre a despeñarse, pero siempre erguido sobre la fortísima mole pétrea en que se sustentaba, cual si fuera un tronco de árbol milenario, sin savia, sin raíces, pero siempre consumido de voraces ansias de retoños, siempre esperando el crecimiento imposible de ramas fecundas, que vistieran y hermosearan su calvo picacho, levantado a los cielos en perpétua súplica implorante. .

Y allí, allí, al Risco de los Cuervos se dirigía Guadalupe...

Tras de una ascensión rapidísima, la vimos unos instantes, como una estatua, coronando la altura, y después, un revuelo de ropas en el aire... ¡Nada! ¡nada!, y todo, ¡todo! concluído ya...

Se me cegaron los ojos, se me cegaron los pensamientos, y toda mi vida interior crugió derrumbada, entre escombros de agonía...

Y yo no sé si desesperado, yo no sé si demente, también, corrí veloz para ganar la altura del Risco de los Cuervos, y me desollé las manos, ascendiendo... Cuando ya el abismo iba a tragarme con sus fauces horribles, cuando el vértigo había llevado a mi cerebro todas las confusiones, una mano, una mano heroica del mayoral, me cogió de las ropas, y con un fuerte tirón, apartóme del precipicio, que ya me llevaba a su fondo, con irresistibles atracciones poderosas...

Y todavía tuve fuerzas para verla a ella, rotos sus huesos, abierta la cabeza sangrante, hecho todo su cadáver un montón de pobres despojos .. Y al lado, sujeto aún al pecho maternal, ¡mi hijo!

¡mi hijo muerto!, destrozado, horriblemente, su cuerpecito débil, manchada la nieve de sus carnes por los cuajarones de sangre que le bañaba... En la carita de cera, donde brillaban abiertos los ojos sin vida, vi los rasgos de mi fisonomía, me vi yo, retratado..., y ya no tuve fuerzas para seguir en pie, y sin sentido caí al suelo, con una fuerte calentura, que me llenaba de delirios entre sus fuegos inapagables...

Por espacio de dos días estuve en la cama, sumido en un sueño de quimeras y desvaríos. Al volver en mí, el juez me tomó algunas declaraciones a las que yo no sé lo que respondí siquiera, y el médico me recetó quietud, y sellos, y cucharadas, y varias medicinas más que llenaban la mesa de noche, de cajas y frascos...

Sin hablar con nadie de los sucesos ocurridos, sin que el juez, todo respetuoso y humilde, no volviera a verme más que para pedir disculpas por las molestias que me proporcionara, al cabo de quince días, por consejo del médico y por una necesidad agobiadora de mis recuerdos, que no me dejaban vivir allí, salí de Los Chaparrales, para no volver más en mi vida, y me marché a la corte, con mi hermano.

En el corazón llevaba la pesantez de todos los actos de mi existencia. Una horticadora inquietud mordía mis sensaciones. Pero dentro, muy dentro de mi ser, nacía una santa consolación, una purísima vibración serena de ansias de paz, de anhelos dulcísimos de quietud, de conformidad, de descanso, de cristiana resignación y fortaleza para las adversidades y los agobios internos.

Y mis pies comenzaron a caminar por senderos más llanos y luminosos, y mis pensamientos hallaron nuevos y anchos espacios para extender sus alas inquietas..

¡Cristo, Redentor mío! ¡Ya sentía tu cruz sobre mis hombros! ¡Ya te seguía humillado, vencido por las pruebas a que me sometiste! ¡Ya llevaba abiertos los ojos a la verdadera luz!

¿Cómo, cómo pagarte con mis esfuerzos, con mi sangre, con mi ser todo, los valiosos regalos de los sufrimientos que me enviaste? Estaba tan ciego, que maldije del dolor no viendo que era el tesoro riquísimo, inapreciable, con que iba comprando mi alma a los enemigos que me la tenían secuestrada y perdida. Estaba tan sordo, que entre el fragor de las desventuras, no escuché el eco divino de tus silbidos amantes, que me llamaban al redil bueno. Tan insensible estaba, que no comprendí, en los tropiezos y caídas, que aquella senda que me desgarraba la piel y me destrozaba el espíritu, me guiaba a Tí, por el camino abrupto y escarpado de los sacrificios salvadores...

¡Cristo, Señor, Dueño de mi vida y de mis actos!... ¡Qué a gusto, qué feliz vengo a Tí ahora, a ponerme en tus brazos, a reclinar me en tu pecho, a meter mi alma en la llaga abierta que va a tu Corazón, para que me cures, si quieres curarme, me sanes, si quieres sanarme, me perdones, si me quieres perdonar... Tuyo soy: tu criado, tu siervo, tu esclavo..., que para comprarme gastaste los tesoros de tu Sangre divina...

¡Cristo, Señor, Dueño!: si me quieres seguir dando la vida, te daré gracias,

y gracias fervorosas te daré también, si es la muerte la que quieres enviarme. .

XX

Cómo Dios guió mis pasos, hasta venir a dar con este refugio santo de las Ermitas de Córdoba, es cosa tan natural y clarísima, que no puedo considerarla más que como una lógica consecuencia de mi estado de alma, recientes las tragedias de que fui testigo forzoso y participante.

Con el dolor tan crudamente sentido, aligeróse mi espíritu de todas las cosas materiales que le tenían atosigado y envuelto. Y todo el amor fogoso y vibrante que yo por Guadalupe sentía, al sumirme en las profundidades de la desgracia, quedó viviente aún, pero tan sutil y levantado, que sólo como un eco tenue y levisimo aparecía por de fuera, quedándose todo él, prisionero entre lágrimas y congojas de remordimientos, en lo más íntimo y escondido del corazón.

Pocos días permanecí en la corte, porque de ningún modo podía yo seguir en ella mi vida de antes. Y así, cambiados mis pensamientos y mis hábitos, resultaba un extraño, lo mismo entre mi familia que entre mis amistades.

Con deseos de aturdirme y de que dentro de mí se apagara aquella hoguera de recuerdos que me consumía, tomé la resolución de emprender un largo viaje. Al otro lado del mar, lejana, maravillosa, América me abría sus brazos acogedores de tantas inquietudes y de tantos recónditos secretos. Me llegué a entusiasmar y fascinar con el viaje al otro

continente, donde yo pensé trasplantar mi vida que de seguro había de renovarse, con el cambio radical de costumbres, entre gentes desconocidas, en ciudades inmensas, absorbentes, complicadas, donde la emigración ponía la nota tumultuosa de una Babel alocada y sin freno, donde sólo el afán de la riqueza aunaba los esfuerzos todos en un hervor incesante y clamoroso.

Pero no me atreví así, de pronto, a emprender el viaje. El mar, al mismo tiempo que me atraía, me daba miedo también, llenando mis pensamientos de inquietudes y desconfianzas. Resolví primero visitar algunas poblaciones españolas, que no conocía, y ello podría servirme de preámbulo y preparación para el otro viaje proyectado como definitivo.

Sin guías ni cicerones, me agradaba recorrer las viejas urbes hispanas, perdiéndome entre el laberinto de sus calles angostas y retorcidas, asomándome al almenado de sus castillos históricos, haciendo resonar mis pasos en los famosos patios y galerías seculares, escrutando la campiña desierta desde los torreones ennegrecidos y ruinosos de las vetustas murallas: cinturones recios y curtidos, corazas invulnerables de ciudades batalladoras y legendarias, que todavía se yerguen arrogantes y bravías entre el círculo que las aprisiona y abraza, de las piedras venerables, desportilladas por los balazos, regadas por la sangre de enemigos aventureros y de defensores heroicos...

Mas donde más a gusto detenía mis pasos y me dejaba tomar por las rememoraciones centenarias, donde mis ojos más se compenetraban con las internas

visiones del espíritu exaltado y atento, era en los monasterios gloriosos, en los divinos palacios de las catedrales, en las iglesias humildes de los conventos, donde la rojiza luz de la lamparilla del Sagrario y la claridad tenue de la cristalera multicolor, alumbraban el retablo de oro viejo, de talla severa y armoniosa, en el que sobresalían piadosas imágenes, vivas y palpitantes en los colores del lienzo, o en las esculturas impresionantes de verdad y de realismo.

En el ambiente sereno, de quietud y de reposo propicio a las santas meditaciones, de los claustros y de los templos solitarios, nació en mí el anhelo vago y profundo de seguir el curso de esas vidas sobrellevadas con santa mansedumbre, en los rincones oscuros, callados, semimuertos, de las mansiones cenobíticas de prácticas rigurosas, de existencia llena de misterio y de paz externa, delatora de interior efervescencia próspera, floreciente de virtudes cristianas.

Mejor que el largo viaje a las lejanas tierras de América, se adaptaba a mi alma esta quietud, esta soledad, este reposo, este misterio, esta paz del convento. ¿Qué fuerzas, qué bríos, qué entusiasmos llevaría yo, en la emigración, capaces de sostenerme y de alentarme?

Claramente, mirando hacia el interior de mi vida, aparecíase ante mí la ruina total de mis impulsos, para la conquista de riquezas o prestigios mundanos. No, no podía ser esa la intención que me condujera a las tierras del nuevo mundo. Era sólo el deseo de vivir desconocido, ignorado..., de alejarme de mí mismo, ahogando los recuerdos que me aprisionaban implacables.

Y si todo dependía de mi propio es-

píritu, si dentro de mí, latente, iba la causa de la perenne desventura, cómo reprimir los efectos, por más que huyera a miles de leguas de distancia?

En un convento, me alejaría del mundo más que en parte alguna, porque las paredes aquellas me separarían de él, aislándome por completo. Allí, en vez de huir de mí, me buscaba resuelta y valientemente. En lugar de aturdirme con estruendo de tráficos y negocios, acallaba toda la bulla externa, y me paraba a oír reposadamente las voces del interior ungiéndolas de dulce mansedumbre.

Razonada, fuerte, definitiva, nacía en mi espíritu la vocación religiosa, y se hacía sentimiento, y pasaba a convertirse en proyecto probable, y seguía, seguía su curso, ganando mi voluntad que llegó ya a formular el propósito.

Viajando por Andalucía, la región maravillosa, perfumada y encendida, donde todos los fuegos del sol no logran agostar el jardín constante de su suelo, propicio siempre a dar flores, con bella generosidad y galanura, vine a Córdoba, la sultana, atraído por el encanto singular de su Mezquita famosa.

Y más de una semana pasé en la ciudad de los Califas, recorriendo sus calles, sus barrios pintorescos, admirándolo todo..., para venir a parar, invariablemente, entre las naves de la Aljama-Catedral. Allí nacían en mí magníficos idealismos exaltadores. Me hubiera gustado perderme entre aquel bosque de mármoles y jaspes, a la débil luz de las celosías de alabastro.. Y luego, cansado, rendido, albergarme en una de aquellas severas capillas, hacerme un voluntario cautivo tras de la verja fortísima de hierro, y vivir, vivir allí siem-

pre, un sueño de fantasías desbordadas, no teniendo más espacio para los ojos que las hileras de bellísimas columnas alineadas y simétricas, no escuchando más que, de noche, tenue, casi imperceptible, el fluir misterioso de las fuentes que rezan con sus aguas una oración moruna en el Patio de los Naranjos, bajo la custodia de las palmeras erguidas, bajo la protección gallarda de la torre colosal, que levanta a los cielos, como una ofrenda sonora, los cristianos broncees triunfales...

Córdoba, con su recato, con sus bellezas ocultas y misteriosas, fué campo apropiado para la germinación de mis proyectos religiosos. Toda la ciudad se me brindaba cual un enorme monasterio, construido, como el de San Jerónimo, con los materiales de la grandeza y la suntuosidad morisca. Aparentemente, los altos muros desnudos de las casas vetustas, apiñadas en calles torcidas, estrechísimas, diformes. Y por dentro, la gloria pulcra y reidora de los patios, amplios para que el sol los bañe, variados de plantas, y de flores, y de arqueología, porque cada uno es el íntimo jardín de una mujer laboriosa y artista, que puso su alma entera, rica de tesoros heredados, en la acrecentación de las bellezas del hogar. Por fuera, silencio, soledad, una inquietadora visión de elegía y de doloroso derrumbamiento, en toda la ciudad que fué un tiempo de las primeras del mundo. Pero en lo íntimo, se escuchan músicas y canciones, la risa triunfa cascabelera y bulliciosa, impera en las almas un sano optimismo henchido de esperanzas y sustentado por prosperidades fecundas...

Ya iba a marcharme, siguiendo la ru-

ta arbitraria que me marcaban mis inquietudes, de la capital andaluza, cuando quiso Dios, y mi buena suerte ayudó a ello, que una tarde subiese yo a la cumbre de la sierra para ver las Ermitas de Córdoba.

Desde lejos, entre el verdor de pinos y cipreses, divisábanse blancas las Ermitas, encaramadas en lo más alto. Largo y empinado es el camino que a ellas conduce. Yo había tomado un coche, y me iba distraendo con la visión del paisaje variado y bello, más cada vez, a medida que se adentraba en la sierra. Tanto atractivo me llegó a infundir ya el campo, que mandé parar al cochero, y quise recorrer aquellos parajes andando, despaciosamente, sintiendo en las piernas el cansancio de la subida, saboreando con el alma abierta en la inmensidad, el placer incomparable de dominar con los ojos tan magnífico panorama.

«El que aquella cuesta sube con angustias de sediento, baja rico de frescuras el ardiente corazón».

A mi memoria vinieron estos versos de Gabriel y Galán, dedicados a la Virgen cacereña, que asienta su trono en una bella altura serrana, como esta, y también escarpada, y también difícil en la subida.

Sofocado iba yo del esfuerzo de la ascensión, y sentía esa «angustia de sediento» de que hablan los versos recordados. Aunque era todavía a principios de primavera, hacía calor allí, en las primeras horas de la tarde de aquel día espléndido, máxime con el paseo que yo me estaba dando, por aquella carretera desigual, donde el agua había descarnado las piedras, formando hondonadas y levantamientos que herían los pies y fatigaban los músculos. Pero me impuse

voluntario y gustoso el pequeño sacrificio que significaba seguir a pie. Y aunque un arroyuelo, lindante con la carretera, me brindaba la frescura excelente de sus aguas, limpias y transparentes como el cristal más fino, resistí a la tentación, que un momento se me hizo casi insoportable, de beber. Fué este momento, aquel en que el cochero bajóse del pescante y se dirigió a un punto en que el arroyo formaba una pequeña cascada. El agua que venía hasta allí oculta entre yerbas y flores olorosas, por una explanada fertilísima, formada en la falda de la sierra, perdía su sereno cauce, y jubilosa, cantarina, bajaba por una peña pulida como el jaspe, abriéndola en canal, y en minúsculo torrente, lleno de glu glu desatado, como el gorjeo de un pájaro loco, entre la nieve de leves espumas, caía, creando la bella serenidad de una fuentecilla, que orgullosa, se dilataba luego para sentirse madre del prolongado arroyo, que seguía su curso, por los vericuetos de la sierra abajo..

Envidia sentí ante la actitud del cochero que, de bruces, echóse en el borde de la peña que canalizaba el agua, y ansiosamente, acercando los labios al chorro cristalino, bebió hasta hartarse, con suma delectación.

Pero no, tuve fuerzas para reprimirme los deseos. Mi alma principiaba a gozar de los goces antes desconocidos de la mortificación impuesta voluntariamente.

Y no era sólo sed corporal la que yo sufría. Ni a esa sed tampoco se refería el poeta glorioso de las dulces bellezas campesinas.

Sed del alma. Ansia viva de apagar

los internos fuegos, que muerden con sutiles llamas en el corazón. Escozores íntimos de cansancio, de brega, de lucha, que piden refrigerio bendito. Sed, sed del alma, cansina de caminar por los senderos del mundo, agobiada de escarpar desfiladeros y terraplenes, maltrecha de los tropezones y de las caídas, destrozada, desgarrada, sangrante, de las zarzas que en la vía le acecharon, enredándola entre sus infinitos brazos espinosos y enemigos...

«El que aquella cuesta sube, con augustias de sediento, baja rico de frescuras el ardiente corazón»...

Mas todos aquellos esfuerzos, todas aquellas energías gastadas en la ascensión penosa, obtendrían un premio, una recompensa de valor inapreciable. Allá arriba, en la cúspide de la montaña, en la cumbre excelsa donde podrían respirarse aires puros, sanos y vigorizadores, sin duda esperaban fuentes más ricas y más refrigerantes que las del camino. ¡Aguas maravillosas, de extraordinaria virtud, que se metían tan adentro, tan adentro, que hasta el mismo corazón llegaban, bañándolo de frescuras perennes!... ¡Aguas salvadoras, aguas de bendición y de milagro, como aquella que ante la cisterna bíblica ofreció el divino Jesús de Galilea a la hija de Samaria!...

Días hacía ya, que tomada mi resolución de consagrarme a la vida conventual, dedicaba yo algunos ratos a la lectura de libros ascéticos, de aquellos ya conocidos por mí, pero sólo de referencia, por haberlos visto citados en trabajos literarios. Y ahora, no sabía por qué, según iba subiendo la cuesta que conduce a las Ermitas de Córdoba, esas lecturas me evocaban pasajes, senti-

mientos acordes con el estado de mi alma, y todo lo veía como en un espejo interior que transformaba la materialidad de las cosas, sutilizándolas, espiritualizándolas en un mundo aparte del mudo terreno, más allá, más allá, donde una luz radiante y poderosa deslumbraba mis ojos y embebecía mis ideas y mis recuerdos.

A medida que me iba aproximando a las Ermitas, más se iba grabando en mi interior el presentimiento de fuertes impresiones, de transcendentales nuevas que habían de ocurrirme aquella tarde.

Llamé, por fin, a la puerta del eremitorio. Entregué al hermano que salió a recibirme, la papeleta que yo había adquirido en el palacio episcopal, y al cerrarse de nuevo la puerta, y al encontrarme en aquel recinto, frente al ermitaño aquel, macilento, amarillo, triste con una tristeza resignada, y al transitar por entre los cipreses aquellos, viendo a un lado y a otro las ermitas diseminadas, como casas minúsculas de un pueblo que iba desapareciendo...; en aquella soledad, entre aquel silencio, mi vida entera parecía sumirse en un extraño ambiente de cementerio, de cárcel; de destierro constante y sin fin...

Igual que el que penetra en un templo semiobsuro, después de haber estado al sol de la calle, que al principio no ve nada, ni el suelo que pisa, y luego, de que la retina se ha acostumbrado a la nueva luz, clara y distintamente lo vislumbra y lo distingue todo, así, poco a poco, mis sentidos y mi alma, en corto rato, se hicieron al ambiente del santo retiro.

(CONTINUARÁ)



"GRANDEZAS DE GUADALUPE"

ALABADO sea Dios que dispuso fuese levantado en la región extremeña monumento tan admirable como el Real Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, estuche en que habían de atesorarse tantas bellezas artísticas; y bendecidos sean por la Morenita de las Villuercas mi ilustre antecesor Don Vicente Barrantes, que tan perseverantes campañas sostuvo para salvar de la total ruina tan inestimable joya arquitectónica y los restos de sus pasadas riquezas, que el bandolerismo de propios y extraños respetó; el benemérito Sr. Marqués de la Romana, que colmó con sus influencias y hasta con sus intereses los vehementes deseos de aquel, ya fallecido, cronista de Extremadura; los RR. PP. Franciscanos que se han encargado de la custodia y restauración del edificio y cuidan con tanto celo de su vario e inestimable contenido, y con especialidad, el sabio archivero del Convento y Director de su Revista, Fray Carlos G. Villacampa, a cuya privilegiada inteligencia y perseverantes investigaciones se debe este hermoso libro, en el que se estudian, por primera vez documentalmente y con una competencia insuperable,

los puntos más importantes de la historia religiosa, artística y política de la santa casa.

Después de leer esta obra, donde tan elocuentemente se demuestra la grande y ferviente devoción que, no sólo en España, sino en todos los países civilizados, se tuvo a Nuestra Señora de Guadalupe durante los siglos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII, siendo visitadísimo su famoso santuario por todos los Reyes, por todos los grandes capitanes, por los más afortunados navegantes y descubridores y por los más santos varones de los períodos más florecientes de nuestra Patria, al recordar lo abandonados y solitarios que quedaron la imagen y su templo hasta los comienzos de la actual centuria, causa honda tristeza observar un ejemplo tan patente de lo efímeras que son todas las cosas humanas, hasta las más relacionadas con las eternas y divinas. Pero al mismo tiempo cuando se reflexiona sobre los efectos de la fe en el poder milagroso de esta efigie de la Madre del Redentor, que desde que proporcionó a su devoto Alfonso XI la victoria del Salado, no hubo descubridor, conquistador ni monarca que no le invocase al acometer sus mayores empresas, atribuyendo a la protección de la Divina Señora los más seña-

lados triunfos, y correspondiendo a sus favores con regalos tan valiosos como los que llevaron al Monasterio Enrique IV, que allí está sepultado con su madre, como también Don Dionís de Portugal con su esposa, los Reyes Católicos que en él firmaron la expulsión de los judíos y las cartas al arriesgado navegante para el descubrimiento del nuevo continente, Colón, Cisneros, Pedro Navarro, el conquistador de Trípoli y Bugía, Hernán Cortés, Pizarro, el Gran Capitán, Felipe II, que se inspiró en él para trazar el de El Escorial; Don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, (del que aún se conserva en la capilla de San Jerónima la lámpara que llevaba la capitana turca) y todas las grandes figuras de nuestra edad de oro; cuando se reflexiona, repito, sobre los efectos de la fe, el valor que infunde, la confianza que inspira y los elevados ideales que a su impulso se realizan, y cuando tan científicamente se ha estudiado el poder de la sugestión colectiva, es muy de lamentar que no renazca en nuestros días aquella sublime religiosidad de nuestros gloriosos antepasados, para que España volviese a ser lo que fué cuando se rendía tan fervoroso culto a Nuestra Señora de Guadalupe.

Se ha declamado mucho sobre las guerras de religión, atribuyéndoles horrores infinitos, y en cambio se ha dicho muy poco sobre la influencia de la religión en el desarrollo progresivo de todos los pueblos. Las naciones ateas o indiferentes viven, como viven las que ahora vemos en completa decadencia. En cambio, a las religiosas les basta creer en Dios para consumir haza-

ñas y llegar al estado de cultura que consumó y a que llegó el pueblo árabe. ¿Cuándo hubiera alcanzado éste el grado de apogeo que alcanzó de no haber sido creyente?; y si tanto pudo una falsa doctrina, ¿cómo extrañar que la verdadera iluminase a toda la tierra con la civilización cristiana y que elevase a María Santísima monumentos donde el arte tuviese manifestaciones tan espléndidas como las que se admiran en el Monasterio de las Vi lluercas.

La historia de éste corre parejas con la de los comienzos del apogeo y de la decadencia de la grandeza de España. Alentado por la confianza en el amparo de Nuestra Señora, después de vencer en las orillas del río Salado, el mismo Alfonso XI, asola las tierras de Illora y Priego, y arrebató a la morisma varias fortalezas importantes y las plazas de Alcalá la Real y Algeciras. En tiempo de Enrique III se enriquece Castilla con las Islas Canarias, cuya conquista emprende Bethencour. Don Juan II derrota a Mohamed VII en la batalla de Sierra Elvira, y los Reyes Católicos exterminan el dominio musulmán con la toma de Loja, Illora, Moclin, Vélez-Málaga, Málaga, Baza, y Granada. No satisfechos con expulsarlos de nuestro suelo, persiguen a los enemigos de la cristiandad en el suyo propio, y les quitan Orán, Trípoli y Bugia, al mismo tiempo que consolidan en Europa su soberanía sobre el Estado de Nápoles.

El Viejo Mundo era chico para los Monarcas que más frecuentaban el santuario del cerro de las Altamiras, y la Providencia puso a su servicio a Cris-

tobal Colón, que descubrió para ellos el Nuevo, lleno de inagotables riquezas y poblado de muchos millones de almas que evangelizar.

Su nieto Carlos I es, a la vez que Rey de España, Emperador de Alemania, y en los días de éste se completa la conquista de Méjico y el Perú. Felipe II, domina en Portugal, en los Países Bajos, y en casi todo el Sur de América, humilla la soberbia de los turcos y se apodera de Túnez.

Llega un momento en que no se pone el sol en las posesiones españolas, aquel en que en nombre de Nuestra Señora de Guadalupe es constantemente pronunciado en toda la redondez de la tierra. Nuestro poderío militar y naval es el más grande de todas las naciones. Las peregrinaciones al templo de la Patrona de Extremadura son cada vez más frecuentes y más numerosas; pero en cuanto éstas empiezan a disminuir, también empieza a declinar nuestra preponderancia. Sin embargo, desde Alfonso XI hasta Carlos III no dejó España de ser grande, llegando en ella a su mayor altura todas las ciencias y las artes. Entonces, durante aquellos brillantes siglos, tuvimos Prelados y políticos como el inmortal Jiménez de Cisneros; capitanes como D. Gonzalo Fernández de Córdoba, D. Juan de Austria, Alejandro Farnesio, García de Paredes, el Marqués de Espínola, Hernán Cortés, Francisco Pizarro y Vasco Núñez de Bolboa; humanistas como Alfonso de Madrigal, «el Tostado», Francisco Sánchez «el brocense», Benito Arias Montano, Maese Rodrigo de Santaella y Elío Antonio de Nebrija; filósofos

como Melchor Cano, el P. Salmerón, el P. Francisco Suárez, Sebastián Fox Morcillo y Luís Vives; historiadores como Pero López de Ayala, el bachiller Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, Fray Bartolomé de las Casas, D. Fernando Colón, Pedro Mejía, Juan de Mariana; Pedro de Rivadeneira y el inca Garcilaso; novelistas como Juan Rodríguez de Padrón, Diego Hurtado de Mendoza, Vicente Espinel, Mateo Alemán, el colosal Cervantes, D. Francisco de Quevedo y Luís Vélez de Guevara; prosistas como el Infante D. Juan Manuel, el Marqués de Villena, Ruy González de Clavijo, Pero Tafur, Fray Luís de Granada, Diego Saavedra Fajardo, Baltasar Gracián, el erudito bibliófico D. Nicolás Antonio y la innumerable multitud de escritores de la gloriosa Orden Franciscana, a que pertenece el autor de este libro, quizá los mejores clásicos de la lengua castellana, como Fray Iñigo López de Mendoza, Fray Ambrosio de Montesinos, Fray Juan de Pineda, Fray Francisco de Osuna, Fray Bernardino de Laredo, Fray Antonio de Guevara, Fray Juan de los Angeles, Fray Alonso de Madrid, Fray Diego Murillo, Fray Diego de la Vega, Fray Pedro Salazar, Fray Diego de Estella, Fray Pedro de los Reyes, Fray Andrés Soto, Fray Damián Cornejo, Fray Marcos de Lisboa, Fray Antonio Arbiol, Fray Antonio Hebrera... y mil otros, todos ellos Franciscanos, cuya sola enumeración llenaría muchas páginas.

Tuvimos autores dramáticos, como Juan de la Encina, Bartolomé de Torres Naharro, López de Rueda, Juan de Mal-lara, Juan de la Cueva, Lope

de Vega, Guillén de Castro, Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón, Calderón de la Barca, Agustín Moreto, los Moratines y D. Ramón de la Cruz; poetas como Ruy Yáñez, el traductor del gallego del «Poema de Alfonso XI», Gonzalo de Berceo, el Beneficiado de Ubeda, Micer Francisco Imperial, iniciador de la poesía alegórica en Sevilla, cuyo último cultivador fué Gonzalo de Quadro, Garci Fernández de Gerena, Juan Alfonso de Baena, Jorge Manrique, el Marqués de Santillana, Juan de Padilla el Cartujano, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Garcilaso de la Vega, Gutierre de Cetina, el divino Herrera, Baltasar de Alcázar, Juan de Arguijo, Rodrigo Caro, Juan de Jáuregui, Francisco Rioja, los Argensolas, Alonso de Ercilla, Bernardo de Balbuena y Meléndez Valdés; arquitectos como Berruguete, Juan B. de Toledo y Juan de Herrera; escultores como Pedro Millán, Juan Martínez Montañés, Salcillo, Alonso Cano, Pedro Roldán, María Luisa la Roldana y Pedro Duque Cornejo, y pintores como Juan Sánchez de Castro, Alejo Fernández, Luis de Vargas, Pablo de Céspedes, Juan de las Roelas, Francisco de Herrera, Francisco Pacheco, los hermanos extremeños Juan y Agustín del Castillo, Francisco de Zurbarán, Diego Velázquez, Juan de Valdés Leal y Bartolomé Esteban Murillo.

Desde que empezó a ser abandonada Nuestra Señora de Guadalupe, ¿qué prelados, políticos, capitanes, humanistas, filósofos, historiadores, novelistas, bibliófilos, autores dramáticos, poetas, arquitectos, escultores o pintores he-

mos tenido que puedan compararse con éstos?

La historia del Monasterio que fué tan famoso cuando tales genios vivían es bien sabida, y su conocimiento se ha divulgado y se divulga por varios escritores, entre los que figuran, desde el 1912, los RR. PP. Fray Isidoro Acemel y Fray Germán Rubio, autores de la «Guía» que hoy más circula, con ilustraciones de Fray Angel Gómez. Pero el análisis, el estudio detallado de los hechos acaecidos y de los tesoros que se han guardado y de los que aún se conservan en él, el primero que lo hace es el Padre Villacampa, en el que no sé, ni sabrá el lector, qué admirar más, si la pasmosa erudición del que demuestra haber leído cuanto se ha escrito sobre las respectivas materias, la paciente y larga labor del que ha revisado todos los códigos y manuscritos que subsisten de los exclaustros Jerónimos o la pericia que revela al desarrollar los asuntos históricos y el dominio de la técnica en la crítica de las obras artísticas.

Son tan varios y tan interesantes los asuntos de que trata el P. Villacampa en este libro que no habrá persona culta que no saque algún provecho de él; pero sobre todo las piadosas, los artistas, los ingenieros, los historiadores de la música y del teatro español, los bibliófilos, los sociólogos y cuantos se consagran a investigar el pasado de España experimentarán con su lectura emociones inefables.

Las personas piadosas gozarán leyendo cuanto se refiere a la aparición de la Virgen al vaquero cacereño Gil Cordero y los trabajos realizados por

el autor hasta dar con los restos de la primera ermita y del sepulcro de aquél; las mercedes de Nuestra Señora de Guadalupe; su intercesión en el rescate de los cautivos, cuyas cadenas llegaron a cubrir, como testimonios de gratitud, las paredes del templo, en la salud de los enfermos, entre los que figuran el Príncipe Don Carlos y su hermano Felipe III, y en la terminación de la peste de 1649 en Sevilla, y de la sequía y la plaga de langostas de 1734 y 1755 en Trujillo; de la descripción de los treinta cuadros que adornan las paredes del patio de los milagros y de la sábana santa que se custodia en el convento; la ejemplar devoción de la Reina Doña Margarita de Austria, de la mora conversa conocida por la *buena cristiana*, y sobre todo de la *loca del Sacramento*, como cariñosamente llamaba el Papa Julio II a Doña Teresa Enríquez, introductora del uso del palio en las procesiones del Santísimo y cuando es llevado a los enfermos; los prodigios eucarísticos en judíos y en conversos; el origen y desarrollo de la Cofradía de la pasión; las fiestas del Monasterio en la antigüedad; los religiosos que salieron de aquella opulenta casa para ingresar en las pobrísimas de los hijos de San Francisco y los curiosísimos datos relativos al venerable Fray Juan de la Puebla y a sus reliquias; la biografía del P. Cabañuelas y el milagro de la misa que inmortalizó Zurbarán en uno de los lienzos de la sacristía; un valioso documento sobre la introducción de «El Angelus» en España; cómo partió del primer Prior guadalupense, Fray Fernando Yáñez la iniciativa de consagrar los Sábados a la

Virgen y, entre otras cosas más, cómo se anticipó Guadalupe a la misma Sevilla en el culto concepcionista, corroborándolo con el estudio de la iconografía de las miniaturas y de los bordados y con la escultura que está en el coro desde 1499, con la que tan asombroso parecido tiene la imagen del cuadro mejicano que milagrosamente recibió el indio Juan Diego en 1531. Los artistas se recrearán, aprendiendo mucho, ante el detenido estudio que hace el P. Villacampa, al examinar las miniaturas de los libros corales, de la evolución de este género pictórico desde el siglo XV hasta el XVIII; de los bordados de casullas, capas y demás ornamentos sagrados, en los que supera Guadalupe a las Catedrales de Sevilla y Toledo y a las más ricas del mundo; del Lignum Crucis de Enrique IV y del Crucifijo de Felipe II, atribuido a Miguel Angel. Los ingenieros conocerán todas las vicisitudes de la construcción del Puente del Arzobispo Don Pedro Tenorio. Los historiadores de la música y de los grandes compositores conocerán las biografías completas del Maestro de Capilla, Cabello, Fray Melchor de Montemayor y de Fray Manuel del Pilar, que era también poeta. Para la historia del teatro aportan peregrinos elementos las descripciones de las loas, autos y comedias que se representaban en el Monasterio en los regocijos escolares, en las Pascuas de Navidad y con ocasión de las visitas regias. Los bibliófilos hallarán desconocidas noticias de los principales iluminadores y escribanos de la comunidad jerónima y de los trabajos que se realizaban en su Escribanía y en su Per-

gaminería, cuyo reglamento se inserta íntegro. Los sociólogos se admirarán al conocer la paternal manera que tuvieron los jerónimos de resolver el problema agrario, en favor de los labriegos pobres, en pleno siglo XV, hallando ejemplos que imitar en las Ordenanzas municipales que entonces regían en Guadalupe y en la ley sobre las tierras de pan llevar, redactada por aquellos religiosos. Los investigadores de nuestro glorioso pasado se enterarán con toda clase de pormenores de las visitas que los Reyes y Príncipes más victoriosos hacían a la Virgen para ofrecerle los trofeos de las batallas; de las de Cisneros, antes y después de la conquista de Orán; de las del Gran Capitán, con ignorados episodios de la vida política y militar de este caudillo; de la de Cervantes, al salir de las mazmorras de Argel, de la que conservó el insigne manco tan fiel recuerdo, como observa el P. Villacampa al llamar la atención sobre el capítulo en que describe el templo y sus anejos en

su obra póstuma «Persiles y Segismunda»; de varias cartas inéditas del citado Cisneros, de los pleitos que éste tuvo con aquellos monjes; de otra carta de Don Fernando V sobre la conquista de Trípoli; de una relación, inédita también, de la batalla de Rávena; de la protección y socorros de los Jerónimos a los Mercenarios y a los Franciscanos y de otros muchos asuntos que vienen a llenar verdaderas lagunas históricas.

En fin, el libro del P. Villacampa es la primera piedra o, mejor dicho, el primer y, por cierto, gigantesco paso de una obra que estaba por hacer; la revisión del Archivo y de los tesoros del Monasterio de Guadalupe, y es de esperar que este ilustre religioso no desmaye y, como buen aragonés, continúe su titánica empresa hasta dejarla terminada por completo.

J. Cascales Muñoz

(Prólogo al libro «Grandezas de Guadalupe», del P. Villacampa).



C A S T I L L A

“Gramática Parda” aldeana

ESTÁ inédito el libro titulado «Gramática Parda», y en mis horas de investigaciones pregunté al psicólogo que tengo para mi uso particular:

—¿Qué es «Gramática Parda»?

—El conjunto de todas las «ciencias del ignorante»—contestó.

—A ver, a ver... ciencia, ignorante... parece paradoja.

—Es ciencia porque, basándose en flaquezas humanas, señala reglas en beneficio del egoísmo personal, y es de ignorantes por aquello de que «el que se salva, sabe»; mas como sus regímenes básicos son la hipocresía, la calumnia, el crimen... en una palabra, el pecado, resulta que el «pardillo» es un verdadero ignorante puesto que, al fin, el resultado es contrario a su bienestar... Es la ciencia del socarrón, del farsante, del «vivo», que en vez de razonar, calumnia; que para medrar es valiente con el cobarde y blando con el fuerte, y en el primer caso se adhiere y en el segundo también, y siempre chupa, bien con humillaciones, bien con amenazas: en los choques violentos se vale de evasivas, o sátiras, o bufonadas, o críticas y hasta el sofis-

ma esgrime el ilustrado... porque los hay de todos tamaños, desde el que no sabe lo que hace hasta los refinados «filósofos del sofisma» que causan tanto daño a la sociedad con sus escritos y predicaciones... Sus orígenes...

Basta, basta; ahora quiero hacer una crónica para LETRAS REGIONALES y es más oportuno un capítulo de «Gramática Parda» en acción, vivido.

Mi crónica titulada «La Aldea» dijo cosas del hermoso anverso que el aldeano presenta y es preciso, para completar la obra, grabar el reverso.

Los aldeanos de vida patriarcal y sencillo aspecto tienen un cortezón duro interior que debemos airear para que se conozca y pueda estirparse.

Ese cortezón le muestran con frecuencia; ved la escena: Salimos del rosario un domingo, nos sentamos en los poyos del «sopórtico» de la iglesia, desdoble «El Debate» y leo el hecho: Un viajero a quien le han «sustraído» la cartera conteniendo diez mil pesetas: registro minucioso a sus compañeros de viaje, y nada. A poco un empleado del tren que, al sacar el pañuelo del bolsillo de la blusa que tenía colgada, encuentra los billetes; lo comunica a los guardias y se descubre que los compañeros aquellos habían «tomado» la cartera, sacado los billetes que guar-

daron en la blusa, tirando lo demás a la vía...

—¿Sabéis los comentarios?

—¡Qué bobo aquel empleado!

—Yo le daba una paliza, por bestia.

—¿No podía haberse quedado con el dinero puesto que nadie sabía nada?

Señores, señores, que esos son los actos nobles de la vida; aun hay gente honrada...

—¡Pues lo que es yo!...

Ellos, los «pardillos» precisan de enseñanza y religión y quieren que el cura y el maestro carezcan de los medios de vida y en esto está su ciencia; porque para sus actos hipócritas precisan una religión fingida y otra ilustración sonada: y así como la yedra, careciendo de solidez se abraza al tronco, el «pardillo» necesita para sus fingimientos, la compañía del bien; ¿y qué hacer para que el tronco de la religión y la cultura le soporte?... Halagos presentes y bufonadas ausentes, ahí tenéis la «Gramática Parda» aldeana. Procuran que el cura y el maestro estén flacos, extenuados, hambrientos, inútiles a toda defensa, con el exclusivo objeto de poder «favorecerlos» privadamente y conducirles como del ramal por donde ellos quieran...

De aquí nacen tantos martirios como sufren el cura y el maestro rural y tan pocos frutos de ilustración y fe...

¡Pobre gente! ¿No saben que la fuerza moral, la capacidad intelectual... la resistencia no está en la yedra sino en el tronco y éste es el que ha de sostener a aquélla para que viva... y muerto el tronco se secó la yedra?...

No es sólo el cura y el maestro, es la autoridad, cualquier poder es objeto de sus odios; quisieran debilitar a todos para que sean menos que ellos... La idea innata del encumbramiento, el instinto de la vida mejor, obliga a caminar hacia la cúspide y como el ignorante, el malo no puede alcanzarla; la envidia pretende romper las alturas, rasarlas, ponerlas bajo sus pies... y los frutos de ilustración y fe son escasos...

Pero el mundo camina... soy optimista... Creo en el solo rebaño y en el solo pastor: creo también que la frase rebaño no es manada de borregos inconscientes, sino hombres que marchan, congregación fiel, pauta de armonías, deberes cumplidos... el bien rebasando los límites hasta la eterna altura... Cuando hagamos comprender a los «pardillos», aldeano o no, que la fuerza se adquiere caminando por vías de ilustración al fin de la religión, a Dios, habremos dado un gran paso para el progreso.

Del Sol Collazos

Escóbados (Burgos).



El Tesoro arqueológico Nacional

Publicó la «Gaceta» un interesante decreto ley, relativo al tesoro artístico arqueológico nacional, cuyas disposiciones más interesantes son las siguientes:

«Constituye el tesoro artístico arqueológico nacional el conjunto de bienes muebles e inmuebles dignos de ser conservados para la nación por razones de arte y cultura:

»Estos bienes quedan bajo la tutela y protección del Estado, con sujeción a los preceptos de este decreto ley, a partir de su publicación en la «Gaceta de Madrid».

»Formarán parte del tesoro artístico nacional todos los monumentos o parte de los mismos que, radicando en el suelo de la nación, hayan sido declarados antes de ahora, como monumentos históricos, artísticos nacionales o monumentos arquitectónico-artísticos, y los que se declaren en adelante como pertenecientes al tesoro artístico nacional, ya sean propiedad del Estado, provincia, municipio, entidades públicas o particulares. Las edificaciones o conjunto de ellas, sitios y lugares de reconocida y peculiar belleza cuya protección y conservación sean necesarias para mantener el aspecto típico, artístico y pintoresco característico de España. Los yacimientos y objetos de interés paleontológico y prehistórico, las cuevas, abrigos y peñas con pinturas rupestres; los monumentos

prehistóricos y los campos de excavaciones acotados y desligados.

»Quedan además sometidos a los efectos de este decreto ley, no sólo los bienes pertenecientes a instituciones de beneficencia, sino también cuantos de naturaleza análoga figuren en el patrimonio de fundaciones y patronatos de toda índole.

»Entiéndase por edificios pertenecientes a entidades públicas, para los efectos de este decreto ley, todos los de mérito arqueológico artístico o de interés histórico en poder del Estado, provincia o municipio, o aquellos otros propiedad de entidades o personas jurídicas a cuya conservación contribuya el Estado, la provincia o el Municipio.

»Se declara de utilidad pública la conservación, protección y custodia de los monumentos arquitectónicos que forman parte del tesoro histórico artístico de la nación, así como la defensa del carácter típico y tradicional de pueblos y ciudades que por su importancia lo merezcan.

»Los monumentos histórico-artísticos nacionales pintorescos y los sitios y ciudades que estén incluidos o que se incluyan en el tesoro artístico nacional quedan adscritos al suelo de la nación, y a ellos cuanto les fuera substancial o les sirva de adorno y complemento. No podrán ser demolidos en todo o en parte sin expresa autorización del ministerio.

»Queda absoluta y terminantemente

prohibida la exportación de edificios desmontados en totalidad o de sus partes componentes y de todo aquello que aun formando un todo perfecto en sí y de fácil aplicación a otros edificios o adaptación a otros usos, por su forma y nombre determine su original destino como parte principal o accesoria de edificaciones o de su adorno.

»No será precisa la declaración de monumento de tesoro artístico nacional en aquellos pertenecientes al Estado, provincia o municipio y los que sean propiedad de entidad pública, para que se impida o detenga cualesquiera obras intentadas o comenzadas en ellos sin haber solicitado permiso previo y obtenido informe de las Academias.

«En un plazo que no excederá de tres meses los Ayuntamientos, Diputaciones provinciales, arquitectos de Instrucción pública, arquitectos e ingenieros catastrales, remitirán por mediación de las respectivas comisiones de Monumentos lista detallada de los castillos, murallas, monasterios, ermitas, puentes, arcos, etc., y de sus ruinas, de cuya existencia en sus respectivas demarcaciones tuvieren noticia.

»En todos los monumentos queda terminantemente prohibida la extracción de columnas, sillares, etc., etc. Se prohíbe igualmente la transformación, adosamiento, apoyo y vivienda hechas o intentadas en murallas, castillos, solares y ruinas de cualesquiera clase de monumentos. Las edificaciones consignadas en este artículo serán reputadas como clandestinas e inmediatamente demolidas y los autores de ellas—propietarios y ejecutantes—así como todos los que extraigan materiales incurrirán en las responsabilidades que determine el reglamento.

»De las ciudades y pueblos total o parcialmente declarados o que se declaren incluídos en el tesoro artístico nacional se levantarán por los respectivos Ayuntamientos planos topográficos, y en ellos se acotarán por medio

de círculos las superficies sujetas a servidumbre de «no edificar» libremente.

»Como riqueza artística, histórica o curiosa mobiliaria se considera cuanto debiera ser conservado para la nación, de acuerdo con las disposiciones de este decreto-ley, cuanto pueda ser transmitido de «mano a mano», formando un todo determinado y concreto, cualesquiera que sea su propietario, materia y forma, y corresponda a producciones de las Bellas Artes en sus diversos procedimientos y estilos y cuantos objetos no incluídos en la sumaria clasificación anterior fuera interesante conservar en bien del tesoro artístico nacional y de cultura patria.

»Los objetos que presenten interés nacional por razones de arte o de historia no podrán ser exportados sin las autorizaciones correspondientes.

»Estas disposiciones se aplicarán a todos los objetos y obras de pintura, decoración, dibujo, grabado, etc., etc., de autores anteriores a 1830.

»Se prohíbe la exportación de las obras cuya salida del reino constituya grave daño y notorio perjuicio para la historia, la arqueología y el arte.

»Dentro del término de tres meses el Gobierno, Provincia o Municipio podrán adquirir el objeto cuya exportación se pretenda por el precio cosignado en la guía de exportación y de origen.

»Toda obra cuya exportación hubiese sido denegada, quedará inscrita en el Catálogo del tesoro artístico mobiliario español por un período de cinco años, a contar de la fecha de la solicitud de exportación.

»Se declararán nulas las ventas de las antigüedades u objetos a que este decreto-ley se refiere, hechas contra las disposiciones en él contenidas. El Estado se incautará del objeto mal vendido y del precio de la venta, y el vendedor, cuya insolvencia se considerará siempre fraudulenta, incurrirá en la pe-

nalidad debida por defraudación de la Hacienda.

»El Gobierno tratará en sus convenios comerciales o diplomáticos con las demás naciones, el obtener de éstas que puedan ser reintegrados o repatriados los objetos artísticos y documentos que hayan sido vendidos en el extranjero sin la correspondiente autorización. En el caso de que sean devueltos, el vendedor exportador reintegrará su importe al comprador y perderá lo exportado, que pasará a ser propiedad del Estado, destinándolo al Museo que corresponda.

»Se constituye una Junta de Patronato, bajo la presidencia del director general de Bellas Artes, para la protección, conservación y acrecentamiento del tesoro artístico nacional.

»Este Patronato deberá dar anualmente cuenta detallada al ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes de todos sus trabajos y de la inversión o aplicación de sus recursos.

»El ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, de acuerdo con la Junta de Patronato antes designada, dictará las reglas que hayan de observarse para la adquisición de obras y objetos de antigüedad y arte con destino a los Museos del Estado, provinciales y municipales.

Exposición de pintura en Málaga

En la Academia de Bellas Artes de Málaga, se ha inaugurado una Exposición de pintura.

Banquete a Martín Mayor

En Benicarló (Castellón) ha sido obsequiado por sus paisanos con un banquete, el poeta premiado en el reciente concurso de «A B C».

Trajes típicos

En Alburquerque (Badajoz) se han celebrado importantes festejos con motivo de la inauguración de un puente sobre el Gévora. Un número de fies-

tas ha sido el concurso de trajes típicos de la Región.

Universidad en Badajoz

Los elementos intelectuales de las dos provincias extremeñas, han solicitado de los Poderes públicos la creación de una Universidad en Badajoz. La importancia grandemente progresiva de la Región extremeña, necesita la Universidad que se pide justamente.

Banquete a un dibujante

En Barcelona se ha ofrecido un banquete al conocido dibujante barcelonés Opiso.

Al acto han acudido numerosos elementos jóvenes de la literatura y del periodismo.

Juegos Florales

En Villarrica (Paraguay) se celebrarán Juegos Florales en día de la Fiesta de la Raza, con importantes premios. La fiesta la organiza el Centro Español de Villarrica.

Colombia erige un monumento a un naturalista español

El Gobierno de Colombia ha enviado a la Real Academia Hispano Americana dos mil dólares para que se erija en Cádiz un monumento al eminente naturalista don José Celestino Mutis y para corresponder así al homenaje que en Madrid se rindió a la memoria del colombiano don Francisco José Candás. La Academia hará entrega de la cantidad al alcalde, señor Blázquez.

Galicia organiza un homenaje a Pérez Lugín

Se está organizando un acto de homenaje a la memoria del malogrado autor de *La casa de la Troya*, don Alejandro Pérez Lugín. Al acto se sumará Galicia entera.

Homenaje a Mardones

Se ha formado la comisión organizadora del homenaje al notable cantante alavés, bajo de ópera en el teatro Metropolitán, de Nueva York, Mardones.

El homenaje consistirá en un concierto en el Nuevo Teatro, banquete en el Ayuntamiento, con asistencia de la Banda Municipal, y un alarde musical que tendrá lugar en San Sebastián.

Cantos Regionales

En la plaza de toros de Málaga se celebró un concurso de cantos regionales, en el que tomaron parte artistas de Salamanca, Valencia y otras Regiones españolas.

Monumento al pintor Regoyos

En Bilbao, en el paseo Avanzada de Guecho, se ha inaugurado un artístico monumento al pintor Dario Regoyos.

**El submarino Peral**

En el *Diario de Cádiz* hemos leído un bien escrito artículo, en el que se comenta amargamente la situación en que se encuentra el casco del submarino, invento del glorioso Peral.

El *Peral* yace abandonado en el recinto del Arsenal Militar de la Carraca.

Reposa allí, a la entrada del público, sin un cobertizo, sin una modesta techumbre, sin una leve indicación de que se trata de un recuerdo santo para los españoles.

Las inclemencias atmosféricas lo van arruinando lentamente.

Ni siquiera reposa el *Peral* en terrenos del Arsenal militar, sino en el recinto de la Sociedad Española de Construcción Naval.

Añade dicho periódico que está en

lo posible el que un día se anuncie la subasta del glorioso casco, como ya ocurrió con la *Numancia*.

“Razón y Fe.”

El P. C. Bayle, publica en el último número de esta gran Revista «La estrella de un campesino», que es un extenso y fervoroso comentario acerca del libro de este título y de la interesantísima personalidad social y literaria de su autor, D. Severiano Masides, el extremeño meritísimo a quien el Ateneo de Cáceres rindió hace poco un merecido homenaje.

Glosas Clásicas

Con este título ha empezado a publicar en «El Debate» una serie de artículos muy documentados e interesantes, D. M. Herrero García.



Año II - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - Núm. 15

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

HISTORIA DE TRES CARTAS

Mujer y amor, una casi absoluta equivalencia de conceptos. Porque ternura es amor, y mujer es ternura; amor, ilusión, el más sublime de los ideales, la mujer; el amor santifica, la mujer es ángel; amar es esencialmente sufrir, de todos los martirios es capaz la mujer, la mujer, sueña, y sueña siempre, amor, es sueño eterno.

Mara, mujer. Luenga cabellera áurea, reclina sus guedejas en el regazo de sus carnes de nieve—rizada melena de bosque sembrada en el perfil de las colinas.—Ojos purísimos de gloria.—Azul de los cielos robado para ella.—Sonrisa fresca y perenne la suya, de sus labios rosados;—crujiente catarata de cristalinos sonnes.—Y su belleza toda, como arrancada de la gloria para sí. Diez y siete abriles. Llena de tristezas profundas, de inquietudes irrazonadas, de anhelos indescifrables, de sueños quiméricos.

Ama al *amor*, en todas sus formas, porque el amor, más o menos confesado, más o menos sentido, es el drama y el sueño de la nubilidad naciente. En las noches de fiebre adolescente, a esta quimera adorable, tiende candorosa sus abrazos vírgenes, y el besar de sus labios no tocados. Ama profunda y cálidamente, como es capaz de amar su alma virgen. Recién salida del colegio, escribe sus alegrías y sus cuitas a la amiga ausente:—impresiones de su primer pisar a la realidad del vivir.

«*Margot*:

Sin esperar a tus letras de contestación, me apresuro a escribir mis alegrías. Estoy cada día más perdidamente enamorada de *Enrique*. ¿Sin él para qué la vida? Ahora, amo a la existencia y ansío locamente el vivir, porque camino sobre la playa del esplendor coruscante de una felicidad sin término.

Soñar siempre, y soñar siempre en él; he ahí, la particularidad de mi vida. Comprendo que con las ganas de ser-

le siempre simpática y atractiva, me vuelvo algo coquetuela... pero todo es por él, por quien soy capaz de una vida de amor, y al decir vida de amor, digo vida de cruentos sacrificios. Todo por él, le amo, le quiero, le idolatro; y cuando formalicemos las relaciones, me lo juró con la vehemencia de un beso; entonces, renunciaré a todo, a todo, soirés, tes de las cinco, todo, y volveré a ser la franca, la seria, la sencilla muchacha rubia que conociste, que a los quince años, sintió inmensos deseos ante las ventanas de una celda de renunciar al mundo y volverse monja. Estos días, espero su carta; y en mi próxima, más prolijamente te contaré la eternidad de mi dicha.

Un beso de tu amiga,

Mara»

Enrique: Hombre; veinte veces las brisas de mayo han acariciado la negrura de sus cabellos de azabache. Inconsciente, trivial, amigo de mariposar y de alagar corazones. Despótico, con despotismo cruel y cínico. Hombre en una palabra. Acaba de escribir a un amigo suyo la aventura canallesca de su vida.

«*Rodolfo* amigo mío dilecto:

Tú ya estás enterado de mis amorios con Mara; lo que no sabes es que me fastidia ya. Ahora, me interesa otra morenucha grácil y simpática de la *colonia*. Como no tengo intención de ver nunca más a Mara, le escribo, políticamente, para acabar nuestras relaciones. Yo bien sé, que le juré amor eterno, pero... de los egoístas, será el reino de la tierra. Se ha de amar a las

mujeres, no a la mujer. Cuando la escriba, ya te enviaré la copia para que te rías algo, de mi dominio del arte de convencer mintiendo.

Un abrazo, y con él, la sincera amistad de tu

Enrique».

Enrique cumplió presto su palabra.

Escribió:

«*Mara* mía:

Antes te hubiera escrito, pero temía que la desesperanza y el dolor que mi carta sembrarán en tu alma, se cebaran en tu juventud naciente. Mara, óyeme: no se vive sino cuando los soles trágicos de un dolor se posan sobre el alma nuestra, o cuando el gozar sin fin de una dicha se viene a nosotros. Te doy consuelos, y el que necesita de esos consuelos, soy yo, que al escribir estas líneas, estoy triste, muy triste, con tristura inconsolable, ¿quieres creértelo?... pero ¿acaso si te lo crees, será mi dolor menos acerbo, y menos punzante mi sufrir?...

Yo te he querido, te quise con todo el amor de una juventud, espiritual y noble, avasallador, vehemente, y bravo. Soy incapaz de mentir, y menos en el supremo momento de un amor. Te dije mi querencia cierta, lo que callé fué el porqué de ese amor, las causas de ese cariño, causas que siento ahora, esfumarse, derretirse, borrarse de mi alma lentamente, irremisiblemente... Nuestra historia de amor, ha sido breve,... quién de ello tiene la culpa?... ni tú, ni yo, nadie... sólo el destino, ese destino fiero e indeleble que nos convierte en algo así, como muñecos de trapo para saltar, para reír, para llorar, cuando a la crueldad, suya, le

place vernos llorar saltar o reír... De mis pensares avalotados uno, surge, erguido y destacándose de los demás, es de *Bequer*, del poeta, más amador y del amador más poeta. Dice así, poco más o menos:

Cerca de un ciprés, alto y lacrimoso, ví germinar una flor, azul de color de los cielos, y roja como la sangre. Un breve estío duraron los ligeros festones de verdura, en derredor del viejo tronco; un breve estío duraron las campanas azules de las flores, y las avejas de oro sus amigas, y las mariposas blancas. Y llegó el invierno helado, y el ciprés volvió a quedar solo, en las penumbras sombrías de una soledad Eterna, moviendo melancólico, la cabeza y sacudiendo los copos de nieve, alto, delgado y obscuro en medio de la planura desierta...»

Cuánto ha durado nuestro amor? una breve mañana, y en pos de los dos, se ha vuelto a hacerse de noche, y yo, así permanezco solitario y triste, en medio de los misterios de la vida.

Hemos de separarnos, porque juntos, no seríamos felices,... yo no podría hacerte dichosa...por qué...? a qué explicártelo, si es siempre imposible a un alma, trémula de amor y de querenia, hacerle comprender, que en nuestra vida, hay un momento, un momento tan sólo, cuyo eterno vacío su ternura no puede llenar!...

No puedo hacerte feliz, por eso te escribo para separarnos. Para mí, ha llegado el otoño, y mustias están, todas esas flores de nuestra pretérita vida de cariño, que no debíanme aparecer más que en una muy corta mañana de primavera. Yo, muertas, desgarradas

las ilusiones que con ternura y con amor había sembrado para mi avenir, he caído en la realidad como una de esas hojas dolientes, otoñales, para caminar como ellas impelidas por el vendaval, caer donde el vendaval me empuje, esa es la finalidad de mi vida... Pero en mi tristura real, yo no envidio a los que ríen, porque es posible vivir sin reírse, pero no así pasar sin llorar... Toma de mí ejemplo. No seas chiquilla y no llores.

Perdona si te ilusioné, perdona, tal vez en la vida lo único de bueno y de noble es el perdón. Perdona pues, y cuando, ambos, de viejos repasemos en los infolios de nuestra conciencia, los gratos recuerdos de nuestra juventud, guarda, para mí, como para ti lo guardaré yo un grato afecto de amigo.

Tuyo, *Enrique*»

Dos gruesas lágrimas de mujer, rodaron lentas y amargas, por las mejillas de Mara, resplandeciendo a sacrificio, a amor, abnegación, a perdonar dulce... Allá a lo lejos, distanciadas, crueles, pisoteando y tronchando felicidades, se oye el sarcasmo de las risas, sacrílegas de un hombre . . .

José A. Antolí Querol

N

A E L L A

En el mar de los amores,
Sin velas y sin timón,
Con la esperanza perdida,
Navega mi corazón.

El temporal que mi amada
Con su desdén promovió
Ha destrozado el navío
Do navega mi ilusión.

La tempestad fué terrible,
El fuerte viento tronchó

Las ilusiones primeras
que mi amor enarboló.

Es el corazón un barco,
La esperanza es el timón,
Mástiles las ilusiones
Y la brisa es el amor.

En el mar de los amores
El barco perdido está.
Siempre está la costa cerca...
Pero ¿nunca llegará?...

Rafael Fernández de Cañete

Cádiz, 1926.



NOCHE POÉTICA

El trovador en la florida reja
cantaba enamorado una trova de amor,
y un ruiseñor lanzaba su misteriosa queja
diciendo eternamente su más bella canción.

Los nardos, los jazmines, las magnolias
perfuman el ambiente de la noche estival,
la doncella en la reja trémula y ruborosa
escucha embelesada el bello madrigal.

Se alejó el trovador, las notas de su lira
eran sólo un murmullo, y en la reja florida
suspira la doncella con suspiros de amor;
un ruiseñor exhala allá en la umbría
el cántico armonioso de su melancolía,
y en el jardín divino murmura un surtidor.

E. Vilches. **Esteban Maza y Romero**



REPROCHES

A UN SOLTERON

Le visteis lleno de gozo,
vístole contento habéis;
iba en los cincuenta y seis
y todavía era mozo.

Y es que halló en el celibato
vida alegre y retozona,
sin pensar que esto no es grato
a la buena solterona.

Que viejo nunca sería,
tal la ilusión le dijera...
que airoso se plantaría
en la eterna primavera.

Y sus días abriños
fugaces fueron pasando,
halagadores, risueños
y altos castillos formando.

Mas, una noche soñó
truncadas sus ilusiones,
y en la pesadilla vió
su juventud en jirones;
y sintió que la Conciencia
reprobó su insensatez,

y que su moza existencia
se acercaba a la vejez;
y que sólo y desahuciado
de todos, lejos vivía,
y vió por fin señalado
de su vida el postrer día.

Del sueño a la realidad
volvió, miróse al espejo
y dijo: «triste verdad;
¡cómo negar que soy viejo!».

En maduras reflexiones
sumiéndose de ansias lleno,
de su juicio ya sereno
sacó estas sabias razones:

Pues cultivar no quisiste
en el prestigioso edén,
ya tu premio recogiste
en flores del falso bien;

Flores del mentido huerto
que, ciego, en tus manos tomas
y embriagado en sus aromas
te apartas del rumbo cierto;

Flores del rosal dañino,
cuyos nocivos colores
te extraviaron el camino
de venturosos amores.

Flores del rosal extraño,
que con liviana mudanza
tornan la dulce esperanza
en amargo desengaño.

A los bastardos placeres
cierra tu alma pecadora,
y que a nobles menesteres
abierta esté desde ahora.

Abre al cariño tu pecho,
cierra el paso al vano amor,
para no dejar maltrecho
el escudo de tu honor.

Si con amoroso afán,
formado has tu casto nido,
tus despojos no caerán
en la fosa del olvido.

Si en el telar del querer
tu mortaja habrás cortado,
menos cruel y amargado
llegará tu anocheecer.

Si en el crisol del Amor
es tu existencia fundida,
como a un capullo una flor
prestarás vida a otra vida;

que un árbol es tu persona
mas si la Fé no lo riega
ni un buen cariño lo abona,
a dar su fruto se niega;

y árbol que no sea fecundo
ni con su sombra proteja,
estéril recuerdo deja
a su paso por el mundo.

Juan Blanco Cachero

Jerez de la Frontera.

Imprenta La Española. - Librería, 28 - Córdoba

RELOJES BARAS Barbastro (Aragón)	Ricardo Pérez Lassaleta Abogado en ejercicio Avenida Méndez Núñez, 8 ALICANTE	No deje de visitar en sus viajes de turista, La Playa de JAVEA (Alicante) Estación veraniega y uno de los más bellos parajes de la costa levantina	ELECTRO-HARINERA de S. JUAN Risco y Pozo Las mejores harinas de Extremadura Orellana la Vieja (Badajoz)
Platería de Claudio Cortés La casa que vende más barato Especialidad en composturas Platería, 56 Palma Mallorca	BAR ALFONSO XIII Bebidas y licores de las mejores marcas Alcazarquivir (Marruecos)	ENRIQUE SUREDA Felanitx (Baleares) Cintas vegetales Cordones calzado	JOSÉ GONZALEZ RODRIGUEZ Villalegre (Avilés) Desea la representación de exportadores, para esta provincia de Oviedo.
Fructuoso Nieto Corraliza COMERCIO Orellana la Vieja (Badajoz)	Laboratorio Calatrava Campanario (Badajoz) Pidase nota de las especialidades	Mueblería "LA INDUSTRIAL" Se remiten muebles a todas partes. Especialidad en telas metálicas. Jesús Cereijo Sánchez. Lugo, Campo de la Feria. Ribáde	José Alonso de Celada Farmacéutico Valmaseda (Bilbao)
Fonda de la Estación de Baeza Meriendas para viaje, Camas para viajeros Davant Hermanos	Hotel Restaurant "SAEZ" Estación de Baeza	El Centro de la Abadía Tejidos, Paquetería, Coloniales y Harinas al por mayor y menor Hijo de Pedro Delgado Burgohondo. Avila	RAMÓN TEJADA SUAREZ MERCERÍA Plaza Sagasta, n.º 4 Cazorla (Jaén)
En preparación "El eterno sofisma" novela de J. León Dominguez Esteban	Ant.º Pérez Murillo Representaciones Zalamea de la Serena (Badajoz)	Madrina de guerra solicita Inocente Fernández Ordoñez Sargento del 3.er Tabor Harka de Tetuan. - Aixdir	Carneceria "La Española" Carnes de vaca y cerdo de 1.ª Embutidos Alfonso Fernández Alcazarquivir (Marruecos)
Mariano Sánchez Antolínez Destilería de aceites esenciales Representaciones Tabernas (Almería)	M. GARCIA Centro de Representaciones Fábrica de medias y calcetines "ARIADNA" Tabernas (Almería)	Juan Rueda Calatrava Armería efectos de caza y explosivos Tabernas (Almería)	José Fábrega Muñoz Depósito de Bencina marca "Clavileño" LOS YESOS Tabernas (Almería)
Fábrica de Muebles de Francisco Barrios Real, 17. - Valdepeñas Exportación a Provincias	ACADEMIA MAZAS INGENIEROS - ARQUITECTOS (Internado especial) Pidanse Reglamentos Valverde, núm. 22. - MADRID	LA INDUSTRIAL Antonio González Estrada Carpintería mecánica Se facilitan presupuestos P. del Teatro Alfonso XIII Alcazarquivir (Marruecos)	
MIGUEL DE VERA Agente Comercial y de Seguros Generales en Guadalajara y su Provincia. Sncursales en Madrid y Pastrana CHILOECHES (Guadalajara)	FÁBRICA DE SOMMIERS de Aurelio Hurtado Buensuceso, 11. - Valdepeñas Exportación a Provincias	"FINO CRIADO" José Criado Pino Aguilar (Córdoba)	BAZAR ALBA Ampliaciones en semi-esmalte y bromuro TANGER
¡YA SALIÓ! "Villalta el triunfador" Magnífico pasodoble dedicado al diestro aragonés. Lujosísima edición para canto y piano. Magnífica portada. El último éxito musical registrado en España. Pedidos directamente a los autores: Fernando Luna, Fuenclara 2, ó Emilio Sáez, Cádiz, 3, Zaragoza.			
Antonio Alba Frías Taller de mármoles, Confres, lápidas y piedras hebraicas. Calle de Fez Tánger	BAR EL "9" Bebidas y licores de las mejores marcas Tapas variadas Alcazarquivir (Marruecos)	Pablo Pérez de la Encina Agente de Seguros Comisiones y Representaciones Albares (Guadalajara)	Ignacio Gil Hoyos Sastrería y Confecciones Cáceres
JAMONES a 4 pts. Kg. Valentín García Bogajo Lumbrales (Salamanca)	Hotel, Café y Restaurant BURGUENO Calefacción en todas las habitaciones Peñaranda (Salamanca)	Francisco Cabrera Barbería El Gastor (Cádiz)	EL SIGLO - Tejidos Viuda de B. Cepas Paquetería, Ferretería y Coloniales Marchena (Sevilla)
Viuda de Manuel Benito Ultramarinos, Tejidos, Paquetería al por mayor Automóviles de alquiler Puebla de Yeltes (Salamanca)	Desiderio B. Díez MÉDICO Olmedo de Camaces (Salamanca)	Francisco García Comisionista matriculado Cartaya (Huelva)	Sastrería Eclesiástica de Severino Agreda Calle de Ruiz Zorrilla, 10 Burgo de Osma.
JUAN ANT.º G SALMERÓN admite representaciones con especialidad Licores y Aguardientes San Antón, 7 Manzanares (Ciudad Real)	Fábrica de capachós de fibra de coco para Prensas Hidráulicas pedidos a José M.ª Jullá Albalda (Valencia)	Los mejores Vinos de Mesa y Aceites refinados Viuda de Becerro Montánchez-Cáceres	Fábrica de Tejidos de Lana José Ruiz Lobato G r a z a l e m a

